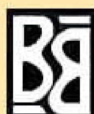


CRIMEN EN CASA DEL SENADOR

KEITH LUGER





—Eh, Johnny, ¿adónde vas?

—Con una rubia platino.

El director del «Star» de Nueva York, Rock Hunter, sonrió a John O’Hara, uno de los periodistas que integraban su redacción. También era uno de los mejores. Últimamente, O’Hara había escrito una serie de artículos acerca de los atentados contra Luthero King y el senador Robert Kennedy relacionándolos con la muerte del presidente, el hermano del senador. Estos artículos habían levantado ampollas en Wall Street, en los Sindicatos y en otros puntos neurálgicos del país.

—Johnny, creí que lo tuyo eran las pelirrojas.



Keith Luger

Crimen en casa del senador

Bolsilibros - Servicio Secreto - 967

ePub r1.0
LDS 14.01.18

Título original: *Crimen en casa del senador*
Keith Luger, 1969
Cubierta: Miguel García
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



SS SERVICIO SECRETO



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en *esta* novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

—Eh, Johnny, ¿adónde vas?

—Con una rubia platino.

El director del «Star» de Nueva York, Rock Hunter, sonrió a John O'Hara,
uno de los periodistas que integraban su redacción. También era uno de los mejores. Últimamente,
O'Hara
había escrito una serie de artículos acerca de los atentados contra Luthero King y el senador Robert Kennedy relacionándolos con la muerte del presidente, el hermano del senador. Estos artículos habían levantado ampollas en Wall Street, en los Sindicatos y en otros puntos neurálgicos del país.

—Johnny, creí que lo tuyo eran las pelirrojas.

—Estás muy atrasado, Rock. Eso fue hasta el verano pasado, y ya pasó un año.

—Diviértete.

—Gracias…

—Pero con cuidado.

—Ella es una gata, pero conozco bien el tamaño de sus zarpas y la largura de sus uñas.

Sabré defenderme.

—No me refería a ella.

—¿A qué te referías, director?

—Tú lo sabes bien. Te has convertido en el enemigo público número uno.

—No he salido todavía en la lista del
F. B. I.

—Tú eres de los que no salen en la lista del

F. B. I.
Y también en eso estás al cabo de la calle.

—No dramatices, director —sonrió John pegando una palmada a Rock Hunter en la espalda.

John
O'Hara
irisaba los veintiocho años de edad y era alto, de fuerte constitución, rostro bronceado, tras aquellas vacaciones que había pasado en una isla de las Bahamas mientras escribía sus acusadores artículos, los ojos negros, la nariz recta. En resumen, sus facciones eran atractivamente varoniles.

—Te la tienen jurada y eso también lo sabes, John —dijo el director del «Star».

—Que se atrevan.

—No digas eso. No me gustaría perder a uno de mis mejores periodistas.

—Bueno, Rock, seguiremos hablando mañana. No quiero hacer esperar demasiado tiempo a mi rubia platino.

—Espera, John, es importante.

—¿A qué te refieres?

—A que te voy a dar otras vacaciones.

—Acabo de tomar unas.

—Necesitas descanso.

—Ya descansé bastante.

—Johnny, maldita sea, ¿por qué no aceptas que te tienda una mano? Estás aquí de sobra.

—¿Es un despido? —El rostro de Johnny se había fruncido.

—Debería romperte la cara por decir eso. Claro que no es un despido. Sólo quiero que ahueques el ala. Pero esta vez no te vas a las Bahamas.

—¿Y dónde quieres mandarme ahora? ¿A Siberia quizá?

—A Europa. Quiero que escribas unas crónicas sobre el nuevo cine de allá. Ya sabes, ese cine *snob* que hacen unos cuantos chiflados y al que llamen cine de arte… París, Roma, Londres, Madrid…

—La respuesta es no.

—Johnny, obedece. Soy tu director. Johnny lo apuntó con el dedo.

—Entonces escúchame, director. Tendrás que despedirme si quieres jugar a ser mi ama de cría. No te necesito para eso. Escribí unos artículos que han sentado muy mal en ciertos sectores. De acuerdo también en que quizá se les ocurra atentar contra mi vida. Pero no me voy a convertir en un ratón. Fui de vacaciones a las Bahamas, regresé a Nueva York y voy a seguir aquí, al menos por un mes. Quiero que sepan que escribí conscientemente. Si dentro de treinta días piensas lo mismo con respecto a Europa, haré ese viaje, Pero recuérdalo. No antes de cuatro semanas.

—Quieres recoger flores de triunfo. Johnny O'Hara sonrió.

—Podrían ser flores para un muerto.

—¡Maldita sea, no lo digas!

—Ya lo dije, y a pesar de eso me quedo… Hasta luego, director.

John O'Hara salió del despacho de Rock Hunter y caminó con paso elástico por el corredor hacia su pequeña oficina. Había dejado en la máquina un folio y quería recoger el trabajo para continuarlo en su casa, de madrugada.

El anciano señor Monroe, un periodista de los viejos tiempos del «Star» y que ahora trabajaba en el archivo, le salió al encuentro.

—Hola, Johnny.

—¿Cómo va eso, Alan?

—No me puedo quejar…

—A propósito, Alan, tengo un par de entradas para el partido del sábado. ¿Querrás venir conmigo?

Monroe agrandó los ojos.

—Demonios, Johnny, ¿es cierto?… Claro que puedes contar conmigo.

Alan Monroe había sido un buen periodista, pero durante la Segunda Guerra Mundial cayó prisionero de los japoneses. Para sacarle la supuesta información confidencial que poseyese, ya que se le suponía en contacto con el Alto Mando Americano del Pacífico fue cruelmente torturado. Se le liberó al final de la guerra, pero su mente se había convertido en la de un niño de siete años. De nada valieron los tratamientos médicos. Algunas veces mejoraba un poco,

pero no lo suficiente para poder escribir.

Y allí estaba en el archivo, prácticamente un ser inútil para la profesión periodística. Johnny, quería decirte una cosa y ya se me olvidó.

—No te preocupes, Alan. Ya te acordarás de eso el sábado cuando vayamos a ver el partido.

—Seguro, Johnny. Eres un buen chico.

John pegó una palmada en el hombro antes de que Monroe continuase su alabanza y continuó su camino.

Sabía que Alan Monroe era desmemoriado, una de las secuelas de su atroz cautiverio. Naturalmente, en el archivo del periódico había otra persona que era prácticamente quien se ocupaba del trabajo. El propietario del «Star» había querido jubilar a Alan Monroe, pero éste se negó rotundamente, y por eso seguía en el periódico.

John abrió la puerta de su despacho y se encontró con una joven que estaba sentada en una silla.

Su minifalda estaba muy subida y John O’Hara pudo ver un par de piernas maravillosas.

—Hola —dijo.

—¿El señor O’Hara?

—Sí, soy yo.

—Soy Helen Queen, amiga del señor Monroe.

John dio un suspiro. Eso era lo que Alan Monroe había olvidado.

Ella le estaba tendiendo una mano y John la apretó. Era una mano de piel suave, dedos largos.

John observó el rostro de Helen Queen, un rostro que veía con gusto muchas veces porque era muy bello, de ojos grandes, rasgados, de color verde, la nariz respingona, y los labios rojos. Helen Queen también poseían un busto perfecto para la medida de sus caderas, y lo más excitante del conjunto consistía en que su cintura era estrecha, como debía ser para que el cuerpo resultase armonioso.

—¿Qué puedo hacer por usted, señorita Queen? —preguntó John.

—¿No le ha hablado Alan Monroe de mi hermana?

—No.

—Yo creí que él…

—Señorita Queen, ¿conoce bien al señor Monroe?

—Sólo lo he visto unas tres veces. Almorzamos en el mismo restaurante. Yo lo había visto con anterioridad, hasta que un día nos pusimos a hablar. Sé, a lo que se refiere, señor
O'Hara.
El señor Monroe no es una persona normal.

—Fue un prisionero de guerra y el enemigo acabó con él.

—Oh, lo siento. No lo sabía.

—Dígame el motivo de su visita, señorita Queen.

A John le molestaba hablar del pasado de Monroe. Tenía bastante con verlo todos los días y recordar que había sido uno de los mejores corresponsales de guerra.

—Se trata de mi hermana Olga, señor
O'Hara.
Está enfrentada con un grave problema…

—No la comprendo. ¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Mi hermana Olga se mueve en una esfera muy alta. Está relacionada con el senador Louis Bronstein.

Aquel nombre hizo que John se sintiese súbitamente interesado. Sabía quién era el senador Bronstein, un político dinámico, que había llegado con mucha fuerza a Washington. Los entendidos veían en él a un futuro presidente de los Estados Unidos.

John dio vuelta a la mesa y ocupó su silla.

La joven había guardado silencio tras nombrar a Bronstein.

—¿Qué relación tiene su hermana con el senador? Helen se humedeció los labios con la lengua.

—Ella es amiga íntima del senador. Pero es sólo una más… En este momento se encuentra en una fiesta que el senador de en su casa… Vine para rogarle que fuese a por Olga y la devolviese a su domicilio en la calle 64 Oeste número 1364.

—¿Es eso todo?

—Sí.

—Perdone, señorita Queen, pero no es de mi incumbencia. Usted me ha presentado un problema de tipo familiar. Yo soy un periodista, no un policía o un investigador privado…

—No quiero acudir a la policía ni a un investigador privado.

—Pero usted tendrá amigos, y estoy seguro que cualquiera de ellos conseguirá que su hermana Olga abandone la fiesta del senador.

John miró su reloj. Eran las siete de la tarde. Se arrepintió de no haberse marchado antes, a las seis, pero se le había ocurrido escribir un artículo complementario de su serie sobre los asesinatos políticos, una respuesta a sus miles de detractores.

—Señor O'Hara, mi hermana es adicta… Ya sabe lo que quiere decir. Toma esa porquería, la L. S. D. Fue el propio senador quien la incitó a dar ese paso. El senador Bronstein también la toma. Y la fiesta a que yo me referí antes es una verdadera orgía.

Todo lo dijo muy aprisa, sin darse tiempo casi para respirar. Luego se quedó muy seria. O'Hara la estaba observando. De nuevo se sentía interesado por Olga Queen y por el senador Bronstein.

—¿Inventó eso para que vaya a por su hermana?

—No. Es la verdad.

—¿Qué referencias tiene usted respecto a ésa orgía?

—Me lo explicó Olga. Iban a celebrar una fiesta romana. El senador Bronstein hará de Nerón y reservó para mi hermana el papel de Popea. Olga salió hace un par de horas de mi casa. Me dijo que no la esperase levantada, que iba a volver muy tarde.

—¿Estaba disfrazada de Popea?

—Sí.

—¿Y cómo viajó hasta casa del senador? ¿En un taxi quizá?

—Bronstein le regaló un coche deportivo.

—Vaya, parece que el senador Bronstein es muy generoso.

—Creo que lo es con las personas que forman parte de su corte.

John se pasó la yema del dedo por la ceja izquierda. Se dijo que sería muy malo para los Estados Unidos un presidente como Bronstein, que jugaba a los romanos, orgías incluidas. Pero ¿no sería mejor que lo comprobase antes de aceptar las declaraciones de la amiga de Alan Monroe?

—Señor O'Hara —oyó que le decía Helen Queen—, he leído sus artículos. Por ello pensé que era una persona con la sangre fría suficiente para enfrentarse con la situación en que Olga se encuentra.

—Perdone, señorita Queen, pero quizá su hermana es dueña de sus actos.

—Sólo tiene diecisiete años.

—¿Está segura?

—Claro que lo estoy. Es una menor, señor O'Hara.

Por eso es un crimen lo que está haciendo con ella el senador Bronstein.

—Pero usted no puede probarlo, señorita Queen.

—Es usted quien lo debe probar. Si quiere hacerlo, naturalmente.

—Y usted pensó que yo querría.

—Quizá.

John sonrió pensando en su director. Tan sólo unos minutos antes Rock Hunter había querido mandarlo a Europa para que el recuerdo de sus artículos se fuesen difuminando. Y ahora recibía la visita de una joven, Helen Queen, la cual le presentaba un caso que podía ser tan sensacional como lo que había escrito acerca de los asesinatos de los Kennedy y de Luthero King.

Buscó en la guía telefónica el número del senador Bronstein y marcó en el dial.

—¿Qué hace, señor O'Hara? —preguntó la joven.

—Una comprobación —repuso John e hizo un gesto para que ella guardase silencio—. ¿Casa del senador Bronstein?…

—Sí, señor.

—¿Con quién hablo?

—Con uno de los secretarios del senador Bronstein, Mel Becker. ¿Quién es?

—John O'Hara, quiero hablar con el senador Bronstein, señor Becker. Hubo un

silencio a la otra parte.

—¿Es John
O'Hara,
el periodista del «Star»?

—El mismo.

—El senador Bronstein tendrá mucho gusto en hablar con usted.

—Estupendo. Iré para allá.

—No ahora, señor
O'Hara…

—Es en este momento cuando querría hablar con el senador…

—Estoy seguro de que podrá esperar a mañana. El senador lo recibirá gustosamente.

Podrán almorzar juntos. Ya ve que soy comprensivo con usted, señor
O'Hara.

—Señor Becker, le diré de qué se trata… De la ley sobre el uso de armas de fuego. Se votará mañana en el Senado y estoy recogiendo las opiniones más importantes. He creído que, dada la situación del senador Bronstein, sería interesante que el público conociese sus puntos de vista. Estoy dispuesto a concederle el espacio necesario.

Ya había colocado el cebo. Si era verdad que Bronstein en su papel de Nerón estaba celebrando una orgía se negaría igualmente a recibirlo.

—Espere un momento, señor
O'Hara.
Hablaré con el senador.

La ley sobre uso y registro de las armas de fuego se votaría al día siguiente, pero Bronstein tendría una oportunidad de dirigirse a la nación a través de un periódico de gran tirada, de ser brillante, de realzar su posición. ¿No era importante para un hombre que en mi día sería candidato a la presidencia de los Estados Unidos?

Pasaron dos minutos y oyó otra vez al señor Becker.

—¿Señor
O'Hara?…

—Sí, aquí estoy. Dígame la respuesta del senador.

—Su periódico sale por la tarde, señor
O'Hara,

y el senador está dispuesto a recibirlo a las ocho de la mañana. Lo cual quiere decir que, en lugar de almorzar, desayunarán juntos, y usted podrá publicar su entrevista con el senador Bronstein antes de que se realice la votación en el senador. ¿Lo esperamos, señor O'Hara?

—Desde luego, gracias. —John colgó el auricular.

—¿Lo ha conseguido? —preguntó Helen.

—No, no ha querido recibirme.

—Porque está en plena orgía. John se levantó.

—Lo voy a verificar.

—Pero si le han dicho que no vaya.

—Sólo estoy invitado a desayunar mañana, pero iré ahora.

—Oh, no, señor O'Hara, no quiero que se le creen esa clase de dificultades.

—Ya me las creó en cuanto llegó aquí… Perdone, no lo dije como recriminación… Me entusiasma mi trabajo… Señorita Queen, vuelva a casa y ya tendrá noticias mías. Pero no le aseguro nada. Resultará un poco difícil sacar a Olga de allí y llevarla a su domicilio. De todas formas haré lo que pueda… Descríbase a su hermana.

—Será mejor que le de una fotografía. Salió bastante bien, y es en color.

—De acuerdo.

Helen Queen abrió el bolso y sacó la fotografía que alargó a John, el cual vio a una joven de la edad aproximada a los diecisiete años. Poseía cabello rubio, los ojos verdes, los labios como los de Helen, carnosos, pero en conjunto eran dos rostros muy distintos, aunque los dos fuesen bellos.

John guardó la foto en la cartera.

—¿Cómo va a entrar allí, señor O'Hara? —preguntó Helen.

—¿No se trata de una orgía romana del estilo de las de Nerón? —John hizo una pausa—. Me disfrazaré de romano, señorita Queen.

CAPÍTULO II

—¿Qué tal estoy? —preguntó John O'Hara.

—De primera —contestó James Curtis.

Johnny se había vestido con la toga romana y con sandalias.

James Curtis se dedicaba al negocio de los disfraces. Abastecía a compañías teatrales de aficionados. Y también alquilaba sus trajes de época para fiestas.

Minutos más tarde, John O'Hara corría en su coche en dirección a Ocean Ide, donde se ubicaba la residencia del senador Bronstein.

El portón estaba cerrado, pero John O'Hara vio luces al fondo. Pegó dos golpes de claxon y un hombre apareció tras de la reja. John bajó del vehículo y se puso a mirar la rueda delantera.

Oyó que la puerta se abría y dio un suspiro de alivio. El truco había resultado. El portero, al verlo con el disfraz, le dejaba el paso libre.

Volvió otra vez al volante y apretó el acelerador.

El coche se deslizó por el hueco y corrió por un camino que trazaba varias curvas.

Tuvo que frenar cuando una joven cruzó por delante del coche. Un hombre corría tras de ella.

John soltó una maldición para sus adentros. La mujer y el hombre vestidos como los romanos, reían. El la alcanzó al otro lado del camino, la estrechó contra sí y la besó en la boca. Ella dio un gritito. Luego desaparecieron por entre unos arbustos.

John puso otra vez en movimiento el coche.

Helen Queen no le había mentido. Allí se estaba celebrando una fiesta romana. Pero ¿hasta qué punto podía llamarse orgía?

Un hombre que también vestía de romano le hizo señas.

—Aparca a la derecha. El garaje está lleno. John llevó el coche hacia donde le indicaban.

Vio hasta una docena de vehículos, y dejó el suyo al final de una de las líneas. De pronto unas manos le cubrieron los ojos.

—¿Quién soy?

—Agripina.

—Imbécil. Ésa es la madre de Nerón.

—¿Popea?

—Frío.

—Tendrás que decírmelo tú.

—Soy la primera esposa.

—Estoy flojo en historia romana —mintió John porque conocía bien la historia de Roma—. ¿Por qué no me dices tu nombre y acabamos de una vez la cuestión, querida?

—Soy Octavia, una mujer virtuosa.

John apartó las manos femeninas de sus ojos.

Octavia también vestía su túnica con una abertura a la izquierda, lo cual servía para mostrar una tirada larga de pierna. El escote era pronunciado, en forma de uve.

Echó los brazos al cuello de John y lo besó.

—Eh, Octavia —dijo él apartándola de sí—, recuerda tus virtudes.

—Es lo que estoy recordando, tonto.

—¿Lo sabe el senador Bronstein? Perdón, quise decir Nerón…

—El es un tonto. Está por Popea.

—Me gustaría conocerla. Debe de ser muy hermosa.

Los ojos de la joven que se hacía llamar Octavia, chispearon furiosos. Poseía cabello rojizo, el cabello que para John O’Hara había pasado de moda desde hacía un año.

—Nerón me ha repudiado por ella. Es una miserable.

—Entonces ocurrió como en la historia.

—Sí. Nerón repudió a Octavia. Pero no para casarse con Popea, sino para sostener amores con una esclava que se llama Acté.

—¿Está Acté también aquí?

—Naturalmente.

—Caramba, el senador no se priva de nada. Las reunió de una sola vez. A Octavia, a Popea, y a Acté… Sólo falta Agripina.

—También está Agripina.

—No me digas que es realmente la madre del señor Bronstein.

—Claro que no. Pero ocupa su lugar. Esto es una representación y cada persona tiene su papel. A propósito, ¿cómo te llamas tú?

—Marco Antonio.

—Marco Antonio no vivió en los tiempos de Nerón. ¡Así adivinaré quién eres!

—Adelante.

Octavia se quedó pensativa.

—Aquí he visto a Séneca, a Burro, a Narciso, y a un montón de Marcos, Marco Sulpicio, Marco Lépido… ¡Ya lo sé! Tú debes ser Otón. Me dijeron que era un chico atractivo.

—Gracias.

—¿No eres Otón?

—Claro que soy Otón.

—Entonces no me mintieron. —Octavia lo miró de pies a cabeza —. ¡Cielos, qué hombre…!

—Cuidado, Octavia, Nerón se puede sentir celoso.

—Al diablo con Nerón… Anda, vamos a la piscina.

—¿Y si Nerón nos ve juntos?

—Está ocupado repartiendo sus imperiales dones entre Popea y Acté… Cogió de la mano a John y tiró de él.

Conforme se acercaban a la piscina, John oía más gritos y risas. Eran parejas que pasaban el rato, comiendo y bebiendo.

Todos vestían como los romanos.

De súbito se alzó ante John y la pelirroja Octavia un hombre barbudo, seco, de piel aviejada.

—¿Adónde vais, par de estúpidos? ¿No sabéis que la vida no consiste solamente en el goce de los sentidos?

—Tírate al río, Séneca —dijo Octavia.

—Aquí no hay ningún río.

—Pues a la piscina.

—La maldición caerá sobre vosotros y sobre todo lo que engendréis.

—Que te crees tú eso, barbitas —dijo Octavia y le tiró de la pilosidad facial. El que hacía de Séneca lanzó un grito.

Octavia echó a correr con John, riendo a borbotones.

—¡Se la hemos jugado, Otón! ¡Se la hemos jugado…!

John vio que el hombre disfrazado de Séneca no era tan parco como decía. Había atrapado a una joven por la cintura y decía:

—¡Oh, Antonia, he sido enviado por Zeus para medirte el busto, la cintura y las caderas! Has sido elegida esposa de Zeus y de mis informes va a depender tu futuro.

—Adelante, amor. John ya no oyó más.

Estaban llegando a la piscina cuando se oyó un estridente pitido que salió de varios altavoces y una voz dijo:

—Yo, emperador de Roma, doy orden de que comiencen los juegos.

John vio al senador Bronstein. Lo conocía porque lo había visto en varias fotografías. Seguía siendo él, a pesar de su túnica y su corona de laurel sobre la cabeza. Frisaba los cincuenta años y era alto, robusto, de cabeza redonda. La habían peinado a la romana cayéndole algunos mechones de pelo sobre la frente.

—Empezarán los juegos con mi actuación personal. Vosotros, pueblo de Roma, tendréis el alto honor de escuchar al mejor artista de todos los tiempos, a Vuestro Nerón.

Se oyeron fuertes aplausos.

—¡Aplaudid más! —gritó Bronstein—. ¡No os oigo! Los aplausos se convirtieron en ovaciones.

—¿Dónde estáis, público mío…? —preguntó enfurecido el senador.

Por entre las lujuriante vegetación salieron romanos y romanas por parejas aplaudiendo con fuerza.

—¡No os veo a todos…! ¡No os veo a todos! —Casi gimió Bronstein—. ¿Es que vais a perderos este espectáculo? ¡Burro! ¿Dónde está Burro?

—A sus órdenes, mi emperador.

Burro era un hombre larguirucho, de facciones caballunas.

—Mándame, emperador. Te escucho.

—A partir de ahora si sorprendes a alguien que no esté escuchando arrójalo a la piscina de los cocodrilos. ¿Lo has oído, Burro?

—Sí, emperador.

—¿Y Séneca? ¿Dónde está Séneca?

El viejo apareció tambaleándose. Llevando de la mano a Antonia, la joven destinada a desposarse con Zeus.

—¡Aquí estoy, emperador…!

—Séneca a mi lado, o te haré beber la cicuta antes de tiempo.

—Sí, señor, ahora mismo. Perdona, hija, pero mis obligaciones imperiales me reclaman.

El hombre que hacía de Séneca fue al lado del emperador, en un escenario que era como una gran concha.

Bronstein cogió una lira.

En medio de la penumbra, John vio moverse algo en un diván lleno de cojines. Era una mujer.

La identificó, a pesar de que resultaba más hermosa que en fotografía. Se trataba de Olga Queen, la joven por la que él se encontraba allí.

Vestía como una emperatriz, y eso significaba que era Popea.

Le puso en pie para arreglar su túnica y luego se tendió en el diván.

—Canta de una vez, Nerón.

—Eh, Popea, no me hables así o te la ganas. Soy hijo de los dioses.

—Como tú quieras, Nerón —la voz de Olga era estropajosa. Había bebido mucho.

Bronstein pulsó la lira, la cabeza ligeramente levantada, mirando al cielo estrellado, y empezó a cantar.

Soy un artista que canta contra toda la maldad del mundo.

Yo derramaré el supremo bien entre todos vosotros, esclavos míos…

Olga se puso a silbar.

—¡No vale…! ¡No vale!

—¿Qué pasa, Popea?

—Quiero que cantes algo moderno.

—Esto es lo moderno.

—Prefiero a Frank Sinatra.

—Faltan cerca de dos mil años para que nazca Frank Sinatra… ¡Y ya te di demasiadas explicaciones! ¡Cállate de una vez o también te vas con los cocodrilos!

—¡Me callaré!

—¡Silencio! Burro. Tienes que cuidar del orden.

—El que cuida del orden es Tigelino —dijo Olga.

—Ahora son los dos. Burro y Tigelino. Y tienen que conseguir que el público no pierda una palabra de mis maravillosos versos.

—¿Maravillosos…? Puaf —dijo Olga y escupió hacia Nerón.

El salivazo cayó a los pies del supuesto emperador, y éste se puso lívido. Dio dos pasos hacia Olga, y le pegó con el revés de la mano en la cara.

Olga cayó hacia atrás y gimoteó.

—¡Te portas muy mal con tu Popea…!

—Se una buena chica, Popea, y pondré el mundo a tus pies. Ella contestó con un gesto burlón.

Bronstein hizo el gesto de ir a pegarle otra vea pero Olga gateó en el diván escapando al castigo.

El sonador sonrió al público.

—Perdonadme esta interrupción familiar, esclavos míos… Vais a seguir teniendo el honor de escuchar la voz más melodiosa, los versos que me fueron dictados por los mismísimos dioses… ¡Silencio…! Vuestro emperador canta…

Volvió a tañir la lira y de nuevo soltó un chorro de horrenda voz.

John
O’Hara
se dijo que el senador se parecía a Nerón en eso, en la mala calidad de su canto y de sus versos.

Voy por el mundo sembrando mis poemas y cada uno de ellos habla del bien y del mal, pero yo me quedo con el bien y vosotros también gozaréis con él y con vuestro maravilloso emperadoooooorrrrrr.

Los espectadores se pusieron a ovacionar a Bronstein.

—¡Bravo, Nerón, eres único…!

—¡Que lo duchen!

Bronstein que saludaba ceremoniosamente y sonriendo, se quedó muy serio y gritó:

—¿Quién es el puerco que ha dicho eso?

Los hombres y las mujeres se miraban unos a otros pero nadie se daba por aludido.

Nerón blandió la lira y la estrelló contra el suelo haciéndola pedazos. Las cuerdas saltaron produciendo sonidos tan desarmónicos como los que el senador había producido antes intencionadamente.

—¡Hay entre nosotros un espía…! ¡Tigelino! ¿Dónde está mi jefe de policía…?

¡Tigelino…!

Un hombre alto y fuerte, de mirada siniestra, llegó pegando botes.

—Aquí estoy, Nerón.

—¿Quién ha sido el soez que se ha atrevido a pedir una ducha para mi augusta cabeza…? ¡Qué le corten la suya!

—No sé quién es.

—¡No puedes fallar ahora, Tigelino!

—No, señor, no fallaré.

—¿Dónde están tus agentes?

—Sólo tengo tres, pero están haciendo su trabajo.

John estaba ceñudo. ¿Hasta dónde llegaría aquella parodia? Pero de una cosa ya estaba seguro, de que Bronstein no era el presidente que los Estados Unidos necesitaba.

Sintió algo que presionaba contra su espina dorsal. Era un puñal.

—Cuidado, muchacho —dijo—, me puedes atravesar.

—Es lo que haré si no levanta las manos —dijo una voz a sus espaldas. John levantó las manos.

—¿Puedo volverme?

—Claro.

Vio a un tipo vestido de soldado romano, el cual le apoyó la punta del puñal en el estómago.

—Cuidado, nene, que me puedes hacer pupa —dijo Johnny. El tipo era delgado, de sienes, hundidas y mejillas chupadas.

—¿Quién eres tú?

—Yo soy Otón —contestó John recordando a Octavia.

—Ya caíste. No eres Otón.

—Nena, dile quién soy.

—Otón —contestó Octavia. El hombre de la daga dijo:

—Eres estúpido, tipo vivo. ¿Y sabes por qué? Porque Otón soy yo… ¡Eh, jefe! —gritó hacia Bronstein.

—Estúpido. No me llames jefe. Soy tu emperador.

—Perdone, excelencia.

—¡He dicho emperador!

—Oh, sí, emperador… Acabo de cazar a un espía, al tipo que se nos coló en la fiesta sin ser invitado…

Bronstein y el hombre que representaba el papel de Tigelino ya estaban mirando hacia el lugar donde se encontraba John.

—Tráelo aquí, Otón —dijo Bronstein. John hizo una inclinación hacia la joven.

—Perdona, querida, pero debo comparecer ante el emperador. Fue hacia la concha.

John llegó ante el senador Bronstein y Tigelino.

—¿Conoces a este hombre? —preguntó el emperador.

—Sí, Nerón, lo conozco. Es un hijo de perra… ese periodista que se llama John
O’Hara,
y que últimamente levantó tanta polvareda sobre la muerte de los Kennedy y la del sucio Pastor negro…

John
O’Hara
había permanecido como corresponsal dos años en Roma, la capital de Italia, y como consecuencia de su estancia allí, observó detenidamente los monumentos restos de la civilización que, prácticamente, dominó al mundo.

Y recordaba bien a Nerón y los personajes que lo habían secundado en su locura sangrienta.

El más peligroso de los colaboradores de Nerón fue Tigelino, su jefe de policía, como efectivamente llamaba el senador Bronstein al hombre alto, de facciones enjutas y mirada siniestra.

Si Nerón se dio un baño de sangre contó con la ayuda de Tigelino, porque éste era un hombre cruel, despiadado, siempre listo para quitar de en medio a un enemigo. Pero llegando este

momento Tigelino no echaba mano a procedimientos normales porque contaba con un cuerpo especializado de atormentadores duchos en el arte de convertir a un ser humano en un despojo.

CAPÍTULO III

Bronstein había fijado los ojos en el rostro de John O'Hara mientras Tigelino descubría la personalidad del periodista.

—¿Es cierto? —preguntó el senador—. ¿Es usted John O'Hara?

—Sí, senador.

Burro, el hombre de las facciones caballunas intervino:

—Senador, yo hablé con él. Le dije que viniese mañana a desayunar y que entonces hablaría con usted.

—¿Qué tal, señor Becker? —dijo John— le sienta bien el traje de romano.

—¿Por qué ha venido? —preguntó Becker.

—Ya le di a entender que no podía esperar.

—El senador iba a desayunar con usted. Entonces habría tenido todas las oportunidades para hacer sus preguntas.

Bronstein hizo un gesto interrumpiendo a su secretario.

—Señor O'Hara, ¿quién le habló de esta fiesta?

—Un amigo.

—¿Qué amigo?

—Perdone, senador, pero no puedo decir su nombre.

—¿Por qué no?

—Porque no me gusta meter en dificultades a las personas que me ayudan. John sintió otra vez la presión del puñal en la espalda.

—Senador, dígale a este payaso de Otón que me deje en paz y que envaine su maldito puñal.

—Tony —dijo el senador—, no amenaces al caballero de la

Prensa.

—Como usted quiera, senador —contestó Tony, alias Otón, y retiró de nuevo el puñal y lo metió en la fruida.

John se daba cuenta del cambio tan brusco que había producido en Bronstein. Ya había dejado de ser Nerón, el actor. Ahora era Bronstein.

—Soy condescendiente con mis amigos y respetaré su secreto profesional señor O'Hara, aunque no me negará que su forma de irrumpir en esta fiesta fue indelicada. Si usted tenía interés en participar en ella, debió comunicarlo y yo muy gustoso lo hubiera invitado.

John sonrió. No creía una palabra de lo que Bronstein decía. Ya había salido a relucir el político, el ambicioso que quería ocupar la Casa Blanca, convertirse en el hombre más poderoso de la tierra, porque estaría al frente de los destinos de los Estados Unidos de América.

—Ya sabe cómo somos los periodistas, señor Bronstein. Pensamos que vamos a ser mal recibidos. Pero, en su ceso, me alegro de equivocarme.

Era su respuesta más astuta para la sugerencia de un hombre astuto.

—Muy bien, señor O'Hara. Hablaré con usted acerca de la ley del uso y registro de armas de fuego. Pero no aquí, naturalmente. Iremos a la casa.

—Podemos dejarlo para después. Lamentaría mucho que usted interrumpiese su fiesta por mi culpa.

—No se preocupe, señor O'Hara. La noche es larga.

John comprendía que aquella fiesta seguiría sin su presencia. Eso era lógico, dadas las características de la orgía.

Olga estaba escuchando el diálogo, pero parecía muy inquieta porque se frotaba las muñecas. Ahora se levantó de Un salto y se acercó a Bronstein.

—Louis, lo necesito.

—Sí, querida. Burro ordenará que empiece a tocar la orquesta —

sonrió benévolamente en su papel de Nerón—. No harán una interpretación tan hermosa como yo con mi lira, pero tampoco lo hacen mal —y añadió—. Encárgate de ella, Burro —dijo Bronstein con voz imperiosa.

Burro atrapó a la joven por un brazo pero ella se desasió de un tirón.

—¡Quítame tus sucias manos de encima, Becker!

El senador estaba pasando un mal rato por culpa de la joven que O'Hara debía sacar de aquella fiesta.

—Señorita —dijo John— si se aburre podrá venir conmigo. Yo terminaré enseguida, en cuanto el senador me haya respondido a unas preguntas.

Las palabras de O'Hara cayeron como plomo derretido. Bronstein y Tigelino miraron al periodista con ojos furiosos. Fue Olga quien contestó a John.

—¿Sabe lo que le digo? Que se vaya al infierno. Yo soy una invitada de esta fiesta y me quedaré hasta el final.

—Como usted quiera, Popea —le contestó John.

Bronstein aprovechó la ocasión para coger del brazo a John.

—Venga conmigo, señor O'Hara. Ya ve que mis invitados no son amenos. Bebieron demasiado.

Era otra respuesta de zorro, porque con ello justificaba las posibles escenas de mal gusto que John hubiese podido ver con sus ojos desde su llegada.

Fueron hacia la casa, pero sólo Tigelino los siguió.

Los criados también estaban vestidos como los romanos, con túnica de falda corta, los brazos desnudos, por lo que gozaban de gran libertad de movimientos.

Fueron a la biblioteca.

Tigelino cerró la puerta desde dentro y apoyóse en ella.

—¿*Whisky*, señor O'Hara? —invitó Bronstein.

—Tomaré un trago.

El senador escanció en dos copas.

—Por el cuarto poder —brindó Bronstein—. Siempre he dicho que la Prensa es el arma decisiva de nuestros tiempos.

—Gracias, senador —contestó John. Los dos bebieron.

—¿Quiere sentarse, Ahora?

John ocupó un sillón y Bronstein se sentó en otro, frente a él.

—¿Cuál es su posición respecto a la ley del registro de las armas de fuego, senador?

—Estoy absolutamente en contra de tal ley.

—¿Por qué?

—Porque coaccionaría la libertad de los ciudadanos… Mire, señor O'Hara, yo opino que si un hombre quiere matar, matará tenga su arma registrada o no. Y si no tiene una pistola a su alcance, matará con un punzón de hielo, con un martillo, con una navaja o con cualquier instrumento que le sirva para traspasar un corazón o romper un cráneo… Las libertades ciudadanas estarán más aseguradas si un ciudadano puede entrar en una tienda y comprar libremente un arma. Un registro de armas significaría un atropello de esa libertad reconocida y admitida por la Constitución a lo largo de casi doscientos años…

John sacudió la cabeza pero no dijo nada.

—¿Está de acuerdo conmigo, señor O'Hara?

—Perdone, pero no puedo opinar sobre el tema que ofrezco a debate. No quiero influir en las personas que entrevisto, y lo haría indudablemente si les hablase de mi punto de vista acerca del problema objeto de la cuestión.

—Una respuesta sensata, señor O'Hara.

—Muy amable.

—Quiero hacer más extensa mi contestación.

—Siga, señor Bronstein.

—No me interesa la posición adoptada por la policía en este problema. Ellos dicen que deben enfrentarse a menos ciudadanos con armas, y que una ley de registro de esas armas disminuiría sensiblemente el número de ciudadanos armados. ¿Y qué se adelantaría con eso? La policía tendría más poder y el ciudadano

estaría más sometido a las arbitrariedades de los agentes. Tenemos demasiada policía en nuestro país. Tenemos la policía en los municipios, tenemos policía estatal, y tenemos también varios cuerpos de policía federal… ¿Se da cuenta de que el ciudadano quedaría prendido en una brutal red de coacción? Siempre estaría en manos de una u otra clase de policía.

—¿No le parece que usted hace demagogia?

—¡Usted me aseguró que no opinaría sobre el asunto!

—No he opinado, senador. Sólo le he hecho una pregunta.

—Entonces le responderé que yo no hago demagogia. Ostento un cargo político, señor
O’Hara,
el de senador de los Estados Unidos, y mi deber es defender concretamente a los ciudadanos de mi Estado, porque una ley de tipo federal les obligará también a ellos. Pero, de rechazo, también defiendo a todo ciudadano americano, cualquiera que sea el Estado en que haya nacido o en el que viva…

—Son sinceras sus palabras.

—Las siento aquí dentro, señor
O’Hara
—repuso Bronstein golpeándose en la parte del corazón.

—¿Se presentará como candidato de su partido a la presidencia de los Estados Unidos?

—Todavía es prematuro hablar de ello.

—¿Prematuro en el sentido de unos meses? ¿O de unos años?

—¿Qué diferencia hay?

—Mucha, senador. Dentro de unos meses se celebrará la conversación de los dos partidos para elegir su candidato a la presidencia. Si usted no es elegido candidato, tendrá que esperar cuatro años.

—Le voy a rogar algo.

—Diga, senador.

—Consúlteme sobre ese particular dentro de treinta días.

—¿Estará usted en Nueva York en esa fecha?

—Sí, señor
O’Hara.
Estaré. John se levantó.

—Entonces no hay más que hablar.

—Creí que su interrogatorio sería más extenso.

—Senador, tengo bastante para hacer un buen artículo. Bronstein se quedó un momento en silencio.

Tigelino gritó desde la puerta:

—¡Señor Bronstein, sé a qué se refiere…! A la juerga que nos estamos corriendo ahí fuera. Este puerco periodista lo va a pregonar a los cuatro vientos. Y ya sabe lo que significará eso. Usted es Nerón, yo soy un jefe de policía asesino y tenemos allí a docenas y docenas de mujeres listas para servir de pasto a los invitados.

El senador clavó su aguda mirada en la cara de O'Hara.

—¿Hablará de eso?

—No.

—¡No lo crea! —gritó Tigelino. El senador sonrió.

—Mi jefe de policía no es demasiado amigo de los periodistas.

—No tenemos muchos amigos en ciertas esferas.

—Le ruego que no me incluya en ellas —contestó Bronstein con una gran parsimonia—. Sería estúpido por mi parte estar en contra de usted cuando le acabo de decir que hoy día se debe contar con la Prensa si se quiere llegar alto.

—Le he dicho que no hablaré de su fiesta, senador. Y tiene mi palabra.

—Gracias.

—Con una condición.

Tigelino dio unos pasos hacia John.

—¡Nada de condiciones! ¡Usted no escribirá de la fiesta y se acabó!

—¿Y qué pasará si escribo?

—Le pasarían muchas cosas.

—¿Por ejemplo?

El senador interrumpió a Tigelino.

—Basta ya, Matt… A propósito, señor O'Hara. El es Matt Farrell, mi jefe de Relaciones Públicas.

—Tanto gusto, señor Farrell.

Matt, alias Tigelino, lo apuntó con el dedo.

—¡Se ha colado aquí sin permiso! ¿Se da cuenta, senador? Eso es allanamiento de domicilio. Podríamos denunciarlo a la policía. ¡Y es

lo que haré!

Echó a andar hacia la mesa, pero Bronstein exclamó:

—¡No vas a hacer eso, Matt!

—Este hombre vino aquí a espiar. Cárgueselo antes de que él se lo pueda cargar a usted.

—Perdone a mi jefe de Relaciones Públicas, señor O'Hara, es muy impulsivo.

—Senador —repuso Matt Farrell—, sólo me interesa su futuro y este hombre puede echarlo por tierra.

—O'Hara ha dado su palabra de que no hablará de nuestra fiesta.

—¿Y lo va a creer?

—Sí.

—¡No sea ingenuo, senador!

—Cuidado, Matt, no te extralimites en tus funciones o te meteré en cintura.

—Como usted quiera, senador. Pero ya lo ha oído. No escribirá sobre la fiesta, pero quiero imponer una condición.

—¿Cuál es, señor O'Hara?

—Me gustó una de sus invitadas, senador.

—¿Quién es ella?

—Popea.

CAPÍTULO IV

Tigelino saltó:

—¿Qué le parece eso, senador? Quiere llevarse a su mujer.

—¿Es realmente su esposa, señor Bronstein? —preguntó John sabiendo que Olga no lo era—. Si es así, le pediré disculpas.

—No,
O'Hara,
esa chica sólo es mi mujer en esta farsa… Ahora la he definido bien, señor
O'Hara.
Se trata de una farsa inocente. Hemos de entretenernos en algo y no hay nada más divertido para mí que una fiesta de disfraces. Tenemos bailes, una orquesta, y también habrá observado que yo represento el papel de Nerón, simplemente, por alegrar a mis invitados.

—Sí, senador, me he dado cuenta de todo eso —sacudió la cabeza John—. Pero ya que Popea no es su esposa, quisiera llevármela.

—Lo siento, señor
O'Hara,
pero no puedo dejársela.

—¿Puedo preguntar por qué no? Usted tiene muchas mujeres aquí.

—Es usted un ingenuo, señor
O'Hara
al preguntar eso. Olga está representando el papel de Popea y Popea era la esposa de Nerón. Si yo permitiese que usted se llevase a Popea, quedaría en muy mal lugar ante mis invitados, porque ellos se han metido en la piel de aquellos romanos.

—Ha hablado usted de farsa. También debe de ser farsa para ellos.

—¿Por qué insiste tanto, señor
O’Hara?
¿Qué significa Olga para usted?

—Nada. No la conocía antes de llegar aquí.

—Haré algo por usted, señor
O’Hara.
Hay jóvenes muy hermosas. Puede elegir entre cualquiera de ellas.

—Menos Popea, ¿eh?

—Menos Popea.

—De acuerdo, señor Bronstein, me llevaré una. Pero usted me permitirá que elija.

—Naturalmente. Es lo que he dicho.

Eso permitiría a John estar más tiempo en la fiesta, pero seguía pensando en cumplir la misión para la que había ido allí. Se llevaría a Olga Queen, aunque le iba a resultar difícil.

—Puede volver al jardín, señor
O’Hara
—dijo Bronstein—. Yo me quedaré con Matt un rato. Tengo que despachar un par de cosas con él…

John bebió de un solo trago el resto del *whisky*. Dejó el vaso y sonrió.

—Hasta luego, senador Bronstein. John salió de la casa.

Becker, alias Burro gritaba anunciando por los altavoces:

—¡Damas y caballeros, tengo el gusto de presentarles a Las Doce Diablesas, el número más sensacional del Imperio Romano…!

Había doce jóvenes rodeando la piscina, en el borde.

Sonó un pitido y las doce muchachas se desprendieron de sus túnicas mostrándose en bikini.

Sonó otro pitido y se lanzaron al agua, todas al mismo tiempo, como sincronizadas por una maquinaria de reloj.

El público prorrumpió en aplausos de admiración.

John se dirigió a la concha en donde había visto por última vez a Olga. Pero no estaba allí.

Se acercó a Becker.

—Hola, Burro —le dijo.

—Eh, cuidado, señor

O'Hara.

—¿Qué le pasa?

—Hay cierto retintín en su tono.

—No, hombre, lo llamo por el nombre que le dieron para esta fiesta… Sólo estoy buscando a Popea. ¿La vio?

—No, no la he visto hace rato.

—Es curioso. Cuando nos marchamos, estaba en la concha.

—Se habrá ido con alguien.

—Dudo mucho que se haya ido con alguien puesto que es la favorita de Nerón.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Pensé que era la favorita puesto que representa el papel de Popea. John se apartó de él sin dar más explicaciones.

Octavia se interpuso en su camino.

—Hola, querido, te he echado mucho de menos.

—Octavia, ¿dónde está Popea?

—Traicionó a Nerón, cariño.

—¿Y con quién lo traicionó?

—¿Con quién iba a ser? Con Otón.

Según sus conocimientos de historia romana, John sabía que Otón fue el libertino que corrompió a Nerón en sus años jóvenes.

—¿Y dónde han ido?

—Al garaje… Anda, ven conmigo y deja en paz a Popea.

—Perdona, Octavia, pero tengo dolor de cabeza.

—Sólo quiero que vayamos detrás de aquellos arbustos para contemplar la luna —dijo ella con intención.

—Contemplaré la luna luego —repuso John y se apartó de ella.

—Eres un imbécil si te crees el único hombre que hay aquí.

John caminó hacia el garaje cuya parte exterior estaba iluminada. No vio a nadie.

La puerta estaba entornada.

Pasó al interior y oyó la voz de Olga.

—¡Vete al infierno! John oyó el forcejeo.

—¡Suéltame…!

—¡Ven aquí, tigresa!

John echó a andar hacia el lugar en donde se encontraban los jóvenes.

Gracias a la luz de luna que entraba por una ventana los vio.

Estaban luchando sobre la proa de un «Mercedes».

En aquel momento, Olga pegó un zarpazo en la cara de Tony, alias Otón. Éste dio un chillido.

—¡Maldita yo te voy a enseñar a ti a ser obediente…!

—Yo no haría eso, Otón —dejó oír John su voz. Los dos jóvenes lo miraron.

Tony soltó un terrible juramento.

—¡Lárgate de aquí, periodista!

—Me voy a marchar enseguida, Otón.

—Estupendo.

—Con ella.

—No, periodista, con ella no. Popea me pertenece.

—No fue lo que oí.

—Espiando, ¿eh? Yo te voy a dar tu merecido. Otón desenvainó el puñal.

—Cuidado, Otón —dijo
O'Hara.

—Tú tendrás cuidado —rió Tony—. Si no te marchas, te sacaré las tripas por el vientre. Olga Queen tenía los ojos brillantes. Sus labios sonreían.

—¿Vais a pelear por mí? ¡Qué hermoso…!

—Tony, no obras por ti mismo —dijo John.

—¿Se refiere a Bronstein? ¿Yo soy el muñeco y él es el que manda?

—No me refería a Bronstein, sino a esa porquería que te metistes en el cuerpo. Popea se puso a aplaudir.

—Otón, eres un hombre como se debe ser.

—Gracias, nena. Te lo voy a servir en rodajas.

—Eh, señor
O'Hara,
usted no consentirá eso, ¿verdad? Demuestre que también lo puede destripar.

John había conocido a muchas personas, pero nunca se había encontrado en una situación como aquélla. Bastaba observar la cara de la joven para comprender que hablaba en serio, Olga quería una escena sangrienta.

—Echa a andar hacia la puerta, Olga —dijo
O'Hara

con voz ronca.

—¿Irme y perderme esta pelea? Estás chiflado… Vamos, Otón, ¿qué esperas? ¡Clávale de una vez tu puñal!

—Sí, cariño. Ahora mismo.

Otón echó a andar hacia John y éste retrocedió.

—No sabes lo que haces, Tony.

—Claro que lo sé. Quieres llevarte a mi chica…

—Ella necesita cuidados.

—¿Tus cuidados maternos o paternos? —rió Tony ferozmente.

—Quiero sacarla de aquí.

—Ella está muy a gusto —dijo Tony y se lanzó sobre O’Hara moviendo el brazo de derecha a izquierda.

John dio un salto y se libró del puñal. Tony se rehízo inmediatamente.

—¡Bravo, O’Hara, lo has hecho muy bien…! Pero la próxima vez no te librarás.

—Podrías cometer un homicidio, Tony.

—Contigo como víctima, ¿eh?

—Sí, yo podría ser la víctima. Pero quizá las cosas cambien y seas tú quien reciba la puñalada.

—No tienes un arma como ésta, O’Hara.

—Puedo arrebatarte el puñal.

—Inténtalo.

Olga se puso a aplaudir.

—¡Qué diálogo más precioso! ¡Parecéis dos personajes de Shakespeare! Y yo soy la mujer que queréis. Vamos, chicos, yo soy el premio. ¡Destriparos, luchad, pelead…! Yo coronaré al vencedor… Y me tendrá a mí, la mujer más hermosa del Imperio Romano… El vencedor tendrá a Popea…

—¡Yo seré el que gane! —exclamó Tony y se lanzó sobre O’Hara buscando el estómago de John con el puñal.

La hoja de acero penetró en algo blanco y Popea dio un chillido:

—¡Lo conseguiste, Otón…!

CAPÍTULO V

Johnny no estaba herido.

El puñal esgrimido por Tony se había clavado en un saco.

Johnny había saltado de nuevo y ahora pudo emprender la ofensiva, porque Tony quedó en mala situación.

El periodista pegó a su rival con el filo de la mano en la clavícula.

El hombre que tenía a su cargo el papel del libertino Otón lanzó un aullido de dolor, pero no por eso
O'Hara
tuvo compasión con él. Tony lo había querido asesinar.

Lo volvió a cazar con la mano, esta vez más arriba, en el cuello, casi en la nuca. Tony soltó un gruñido y se desplomó de bruces.

Quedó inmóvil.

John sacó el puñal que Tony había clavado en el saco.

Al volverse vio que Popea estaba caminando hacia él con una sonrisa.

—Amor mío —dijo.

Llegó ante él y le echó los brazos al cuello. John la tomó por los brazos.

—Ya basta, Olga.

—Soy el premio.

—Yo renuncio.

—No seas estúpido —dijo ella y se acercó más a él ronroneando como una gata.

John no era de piedra, pero en esta ocasión estaba muy lejos de sentir nada por Olga.

Por eso la apartó bruscamente y la zarandeó. La joven lo miró con los ojos agrandados.

—¿Qué haces?
—He dicho que no quiero nada de ti.
—Eres un bobón, John…
—Vas a venir conmigo.
—¿Adónde?
—A tu casa.
—Me aburro mucho en mi casa. Tengo una hermana, ¿sabes? Se llama Helen y ella es completamente distinta a mí.
John no dijo que conocía a Helen Queen.
—Es muy conveniente que sea distinta a ti.
—¿Por qué?
—Todo en la vida es completamente compensativo. Si sois dos hermanas, es lógico que cada una de vosotras tenga un carácter, y que seáis muy opuestas.
—¿Ya terminaste, grandullón?
—Sí.
—Entonces, bésame.
—No, nos vamos.
—Si no me besas, no iré contigo.
—¿Prometes que vendrás conmigo si te beso?
Ella levantó una de sus zarpas, la derecha, como si se encontrase ante un tribunal.
—Lo prometo, grandullón.
—Está bien.
John dio dos pasos hacia Olga, la tomó por los brazos y la besó. Se apartó enseguida de ella.
—Eh, fue un beso muy rápido —protestó la hermosa joven.
—No dijimos cómo sería el beso.
—Yo me hice ilusiones. No iré contigo.
En ese momento se oyó la voz del senador Bronstein.
—Tigelino, ¿qué te parece esto?
John se apartó de Olga como si hubiese estado abrazando un poste al rojo vivo. Matt Farrell, alias Tigelino, tenía una larga espada en la mano.
El senador Bronstein seguía cubierto con la túnica, los brazos cruzados, el gesto imperioso, los ojos desafiantes.
Tigelino no estaba solo. Le acompañaban dos hombres vestidos como los guerreros romanos y cada uno manejaba también una

espada.

—Senador, no es lo que usted cree —dijo
O'Hara.

—Tigelino, ¿ha sido un espejismo lo que he visto?

—No, Nerón, tu mirada imperial abarcó bien el paisaje. Popea te estaba traicionando con Marco Pisón.

John sabía también quién había sido en la historia Marco Pisón. Un hombre que se cansó de los crímenes de Nerón y que organizó una conjura, pero Tigelino, el jefe de policía del emperador, había acabado con el rebelde y con todos sus cómplices, cuya mayoría fue sometida a los más crueles tormentos.

—Siempre imaginé que Marco Pisón era un canalla —continuó Bronstein—. Lo colmé de honores. ¿Y cuál fue su respuesta? Me ha querido quitar a mi mujer.

—Senador —repuso John—, sería mejor que acabásemos con la broma.

—¿Qué broma, Marco Pisón?

—Olga estaba pasando un mal rato con Tony. Sólo impedí que él abusase de ella. Tony trató de matarme. Tuve que dejarlo sin conocimiento.

Bronstein observó con mirada lastimera al desvanecido Tony.

—Pobre Otón. Debe haber sufrido mucho. Yo sabía que amaba a Popea en secreto, pero, naturalmente, no se atrevía a declararle su amor. Hasta que yo se lo permití esta noche. Sí, le dije que podía amar a Popea.

Pero le impuse una pequeña condición, la de que lo hiciese a mis espaldas… Ojos que no ven, corazón que no siente. Qué lástima que no esté aquí Séneca para que lo dijese con otras palabras.

—Majestad —dijo Tigelino—, tus palabras son más hermosas que las de Séneca.

—¿Es cierto?

—Sí, Nerón, recuerda que eres hijo de los dioses, y por ello las palabras que salen de tu boca son las más preciosas.

—Gracias, Tigelino. Puedo confiar en ti ciegamente porque eres un gran amigo. John sintió náuseas al escuchar aquel diálogo.

—Senador Bronstein, ¿está usted loco?

—Pisón, estás labrando tu ruina, ¿no es verdad, Tigelino?

—Sí, Nerón. Este hombre, cada vez que habla, dice una injuria,

una calumnia contra Vuestra Majestad Imperial… Ahora lo acusa de locura.

Bronstein se estaba poniendo lívido.

—Pisón, una palabra más y ordenaré que te den tormento.

—Quiero llegar a un acuerdo con usted, senador —propuso O'Hara.

—El emperador no puede llegar a ningún acuerdo con un súbdito que lo ha traicionado.

—Olvide esa estúpida historia de la traición. Esta mujer no es nada suyo.

—¡Tigelino!

—A la orden, emperador.

—¡Acabad con este hombre! John se quedó estupefacto.

—Senador, ¿sabe lo que está diciendo?

—Lo sé perfectamente, Pisón.

—¡No soy Marco Pisón! ¡Soy John O'Hara, periodista!, ¡y vivimos en el año 1968!

—Es el año 64 de la Nueva Era. ¿No es verdad, Tigelino?

—Sí, Nerón.

—Y hemos descubierto una conjura. Tú tenías razón, Tigelino. Eres el mejor jefe de policía que haya tenido el Imperio Romano…

—Gracias, Majestad.

—Cumple con tu deber ahora.

Tigelino exhibía una sonrisa helada en sus labios.

—Muchachos, ya sabéis lo que tenéis que hacer. Hay que liquidar a este hombre. John levantó la diestra con la que manejaba el puñal que había quitado a Tony.

—Señor Bronstein, yo también estoy armado. Si sus hombres me atacan, le aseguro que alguno de ellos va a morir antes que yo.

El senador bostezó.

—Tigelino, este hombre me está cansando con sus tonterías.

—No te va a cansar más, Nerón. Mis hombres y yo nos ocuparemos de él.

—Por favor, terminad pronto. He de volver ante mi pueblo. Ellos están impacientes por escuchar otra vez mis verses.

Los dos hombres que acompañaban a Tigelino se separaron. Popea, que hasta entonces había estado callada, gritó:

—¡Nerón, no quiero que mates a este hombre!

—¿Por qué no?

—Me gusta.

—Eres una mujerzuela por hablar así delante de tu emperador.

—Me ibas a entregar a Otón. Dame a Marco Pisón en su lugar.

—¡La respuesta es no! ¡Y ya te has ganado diez latigazos! ¡Te los dará personalmente mi jefe de policía! ¿Has oído, Tigelino?

—Desde luego, Nerón.

—Le darás los latigazos inmediatamente que hayas terminado con Marco Pisón… Lo ha dictado vuestro emperador…

Popea se arrojó a los pies de Bronstein.

—¡No, por favor, no castiguéis mi espalda! Además, Tigelino es muy bruto.

—Tigelino es un hombre que cumple con su deber.

Mientras esta conversación tenía lugar, los dos hombres que acompañaban a Tigelino se estaban acercando a John
O'Hara,
uno por cada lado.

Nerón dio un bostezo y dijo:

—Me aburre este espectáculo… Tigelino, cuando hayáis terminado ven a informarme.

—Sí, Majestad. Pero ¿qué hago con Popea cuando le haya dado los diez latigazos?

¿Quieres que la lleven a sus habitaciones?

—Estupendo, Tigelino. Siempre se te ocurre la más brillante idea. No sé qué haría sin ti. Bronstein dio media vuelta y salió del garaje.

Popea lloraba golpeando las palmas de las manos contra el suelo.

—¡Nerón, yo no merezco esto…! ¡No lo merezco…! Matt Farrell, Tigelino, levantó la espada.

—Soldados pretorianos, cuando yo baje mi brazo, atacaréis a Marco Pisón y le daréis muerte por haberse confabulado contra Su Majestad Imperial Nerón Claudio…

John observó la mano de Matt Farrell. De pronto, éste la bajó.

Los dos supuestos soldados pretorianos echaron a correr hacia John blandiendo sus armas, mientras por la boca dejaban escapar gritos feroces.

* * *

John
O'Hara
estaba preparado para defender su vida.

Esta vez no se trataba de desarmar a un tipo. Aquellos dos hombres y Tigelino, el demonio de Matt Farrell, estaban dispuestos a matarlo.

Saltó con rapidez hacia la izquierda, y de esa forma sólo se enfrentó con un enemigo.

El soldado de aquel lado trató de partirlo en dos, pero su espada golpeó contra el suelo.

Luego John le hundió el puñal en el estómago y lo sacó.

Su víctima lanzó un aullido de dolor. Dejó la espada y se miró el boquete del estómago, por donde le salía un chorro de sangre, y, después de tambalearse, se desplomó como un fardo.

John llevó aire a sus pulmones.

—Farrell —dijo—, ¿no le parece que ya tuvimos bastante con un acto de la comedia? Llegó la hora de bajar el telón.

El aludido sonrió.

—Usted lo ha querido,
O'Hara.
Mató a uno de mis hombres. Ahora recibirá el pago a su heroicidad.

El otro soldado que se había quedado un poco perplejo al ver caer a su compañero, chilló al tiempo que saltaba sobre
O'Hara
blandiendo su espalda de un lado a otro.

—¡Te cortaré la cabeza…! John se lanzó hacia adelante.

La espada enemiga pasó por encima de su cabeza y su puñal hizo el resto. Se hundió en el pecho de su enemigo.

El periodista y el soldado cayeron en el suelo.

Uno de ellos se levantó enseguida:
O'Hara.

El segundo soldado había muerto instantáneamente porque la hoja de acero le había penetrado en el corazón.

Johnny ya no tenía el puñal en la mano porque esta vez lo había dejado en el pecho de su rival. Manejaba la larga espada.

Tigelino dio media vuelta y echó a correr desapareciendo del

garaje.

—¡Amor mío! —dijo Olga.

Johnny fue al encuentro de ella y le soltó una fuerte bofetada.

Olga no llegó a caer porque encontró a sus espaldas al «Mercedes». Pero, cosa curiosa, en lugar de enfurecerse sonrió a John.

—¡Eres el hombre maravilloso que yo he estado buscando!

—Vámonos de aquí.

—Cuando tú quieras.

—Entra en el auto —dijo O'Hara al ver puestas las llaves de contacto. Los dos ocuparon el asiento delantero.

En aquel momento Tony estaba volviendo en sí. Empezó a soltar gritos al ver a los dos hombres muertos.

Johnny puso en marcha el «Mercedes». Hizo girar el volante y el coche salió por el hueco a gran velocidad. Tomó la primera curva sin apartar el pie del acelerador.

Tigelino ya no se veía por ninguna parte, pero la fiesta proseguía en presencia de Nerón, el senador Bronstein, aunque de momento no recitaba. Se estaba ofreciendo un nuevo espectáculo a los invitados, no protagonizado por él, sino por una mestiza que bailaba al ritmo que le marcaban unos bongos.

Johnny perdió de vista aquel escenario, ya que volvió a doblar el volante.

No le importaba que el portón estuviera abierto o cerrado. Si estaba cerrado lanzaría el coche contra la reja a toda marcha.

Sabía que, si se quedaba allí, los hombres de Bronstein acabarían con él irremisiblemente.

El portón estaba abierto, quizá porque acababa de llegar algún invitado. O'Hara hundió el pie en el acelerador.

El vehículo cruzó el hueco como una exhalación. Entonces Johnny soltó un suspiro de alivio.

—Ganamos el primer *round*.

Olga le pasó un brazo por el cuello y se arrimó a él.

—Eh, nena, estoy conduciendo.

—¿Y qué?

Al cabo de un momento habló de nuevo:

—¿Sabes? Bronstein es muy bueno.

—Bronstein es un canalla.

—Será el presidente de los Estados Unidos y yo seré una mujer importante.

—Eres una ingenua. Ese hombre nunca será el presidente de los Estados Unidos.

—Lo tiene todo preparado.

—¿Qué es lo que tiene preparado?

—Un plan.

—Háblame de ese plan.

—No sé nada.

—¿Y por qué te has referido al plan?

—Porque los oí varias veces.

—¿Qué dijeron?

—Sólo entendí palabras sueltas.

—Dime qué palabras sueltas entendiste.

—No tienen sentido.

—Es igual. No te preocupes.

—¿Es que te interesas por la política?

—Me interesa todo lo de Bronstein. Olga le acarició el cuello.

—Johnny, tienes la cabeza más bonita del mundo.

—Muy reconocido.

—Y eres el más varonil de todos los hombres…

—Olga, te dije que dejases eso. Ella le mordió una oreja.

—Eh, cuidado, Olga, me haces daño.

—He debido arrancártela…

—Me ocuparé de ti en tu casa.

—¿En mi casa?

—Sí, y ya puedo decírtelo. Fui por ti a la fiesta. Ella hizo un gesto de perplejidad.

—¿Viniste por mí?

—Eso dije.

—¿Por qué?

—Porque tu hermana me lo pidió.

—¿Helen?

—¿Tienes alguna otra hermana?

—No, sólo está ella, pero ojalá no tuviera ninguna… —No digas eso— dijo John y le soltó otra bofetada. Se dio cuenta de que se había equivocado al pegarle. Debió tener en cuenta el efecto de la primera bofetada. Olga le sonrió.

—Me quieres, John.

—¿Es ésa la consecuencia que sacas?

—Si no me quisieses, no me pegarías.

—Te pego para meterte un poco de sentido común en la cabeza.

—¿Me continuarás pegando?

—No, no te voy a continuar pegando.

—Eres un estúpido, John.

—Soy el hombre más estúpido. ¿Por qué? Porque no trato de pasar el rato con una hermosa chica.

—¿Me encuentras hermosa?

—Pero sin seso.

—Eso forma parte de una fábula de La Fontaine. Sé francés. No creas que eres el único que domina idiomas.

—Lo celebro.

—Me gusta todo lo francés. Ellos saben amar mejor que nadie. ¿Y sabes por qué?

Porque disfrutan con los pormenores.

—Yo no soy francés.

—Desgraciadamente.

—Estoy muy orgulloso de haber nacido en donde nací, Olga.

—¿Y en qué cochambroso pueblo ocurrió eso?

—En Nueva York.

—La puerca ciudad de un puerco país…

—Es raro que digas eso cuando estás tan unida a Bronstein, un posible presidente de los Estados Unidos.

—Precisamente acabo de repetir sus palabras.

—¿Ésa es la opinión de Bronstein respecto a Nueva York?

—Dice que algún día la cambiará.

—¿Y cómo lo hará?

—Metiendo en cintura a los ciudadanos. Acabará con las minorías raciales.

—Vaya, ya voy sabiendo del plan del nuevo Nerón. Reunirá en un saco a los portorriqueños y los mandará a su isla. ¿O los degollará?

—Quizá los meta en una batidora.

—¿Y cómo solucionará lo de los negros? ¿Y los judíos? ¿Y los italianos?

—Ha dicho que acabará con todos.

—Está loco.

—Ahora que recuerdo dijo que enviará las minorías a las Reservas.

—De modo que los tratará como a los indios… Y existirá una Reserva Italiana, una Reserva Portorriqueña, una Reserva Judía…

John detuvo el coche.

—Eh, ¿dónde estamos? —dijo ella mirando por la ventanilla.

—Ante el número 1364 de la Calle 64 Oeste.

—¡Es mi casa!

—Premio.

—¡No entraré ahí!

—Entrarás o te saco a rastras.

—Eres un perro traidor.

—Soy muchas cosas, pero entrarás en tu casa.

—Saldré de ella en cuanto te hayas ido.

—Te quedarás aunque tenga que atarte a la pata de una cama.

Olga levantó la barbilla. Estaba muy bonita porque su busto también se irguió.

—No podrás conmigo, John
O'Hara.

El periodista saltó del vehículo y abrió la portezuela a la joven. Ella salió diciendo:

—¡Paso a Popea!

Andaba como si realmente fuese una emperatriz.

Se metieron en el ascensor y Olga pulsó el botón. Salieron de la jaula y entonces ella dijo:

—Me olvidé del bolso. Vuelve a casa de Bronstein por él.

—Sólo te falta agregar una cosa.

—¿El qué?

—Vuelve a por él, esclavo.

—Eres peor que un esclavo.

—¿De veras? ¿Y qué soy?

—Una mosca.

O'Hara

contestó con una risita.

Helen abrió la puerta antes de que oprimiesen el timbre y Olga dijo:

—¿Cómo estás, hermanita puritana? Helen apartó la mirada de Olga y dijo:

—Gracias por haber cumplido, señor
O'Hara.

Olga se echó a reír mientras pasaba al lado de Helen.

——No cantes victoria tan pronto, querida. Tu amigo, el señor
O'Hara,
se convirtió en un asesino para traerme aquí.

CAPÍTULO VI

Helen estaba sorprendida tras escuchar las palabras de su hermana. John O'Hara también entró en el apartamento.

Helen, después de cerrar, preguntó:

—¿Es cierto, señor O'Hara? ¿Ha matado?

—A dos hombres, pero obré en legítima defensa.

—¡Dios mío!

Olga se había sentado en el diván y se echó a reír. Se llevó las manos a la cara que era lo que estaba haciendo su hermana y parodió sus actitudes.

—Oh, señor O'Hara, ¿por qué ha hecho eso? —dijo con voz de falsete imitando a Helen —. ¡Se ha convertido en un criminal! ¡Cielos!

Helen la miró sin rencor.

—Imagino que todo lo hizo por ti.

—No, yo no soy la culpable, querida. Fuiste tú la que lo metiste en el lío. John intervino:

—No se recrimine, Helen. Lo que hice lo volvería a hacer sin pestañear. Ese Bronstein es uno de los bichos más dañinos que encontré en mi camino. Usted ofreció una pálida idea de lo que estaba ocurriendo en esa fiesta. Ni siquiera con la palabra orgía se podría definir. Aquello merece otro calificativo. Era la fiesta de la corrupción elevada a su más alta potencia… Muchos europeos habrían pagado una buena cantidad por ver al senador Bronstein en

su papel de Nerón, rodeado por miembros de nuestra más alta sociedad, y ellos y ellas estaban encantados por representar el papel de súbditos del emperador.

Olga abrió la boca en un bostezo.

—Lo siento, queridos, pero todo esto me cansa mucho. Se levantó y desapareció por una puerta.

—¿Es ése su dormitorio, Helen? —inquirió

O'Hara.

—Sí.

—¿Puede escapar?

—Sólo tiene una ventana y da a la calle. Está segura mientras permanezca ahí.

—¿Puede encerrarla con llave?

—¿Cree que sería justo?

—No es momento para preguntar si es justo o no. Deme la llave y yo cerraré. Helen sacó una llave de un cajón que entregó a John.

O'Hara

se acercó a la puerta por la que había desaparecido Olga y le dio vuelta a la llave.

—Se oyó gritar a Olga.

—¿Qué estás haciendo, Helen?

—No soy Helen —contestó

O'Hara.

—Tú, bastardo John, abre la puerta.

—¡Duerme!

—No dormiré como una presa.

—Tranquilízate, nena. Tuviste bastante diversión por hoy. Mañana tendrás más.

—¡Vete al infierno! —gritó Olga.

John esperó que la joven agregase algo, pero guardó silencio. Le entregó la llave a Helen, volvió a sentarse y dijo:

—No le abra ni aunque se lo suplique.

—No sé qué hacer con ella.

—Admito que es un verdadero problema. Ni siquiera podría solucionarse con la muerte de Bronstein. Olga buscaría otro proveedor. En resumen, necesita someterse a tratamiento.

—Podría arreglarse si ella tuviese voluntad.

—No se fíe de ella, Helen. Aunque le prometiese que no tomaría

más
L. S. D.,
dudo que mantuviese su promesa.

—Habla de ella como un caso perdido.

—No doy nunca un caso como perdido, pero el de su hermana tiene difícil solución.

Depende mucho de ella, y Olga no está en las mejores condiciones para colaborar.

—Le comprendo… Pero hábleme de esos dos hombres muertos.

—Será mejor que se lo cuente desde el principio. Así sabrá de qué forma se desarrolló todo.

—¿Quiere beber algo?

—Un *whisky*.

Con el vaso en la mano y entre trago y trago, John contó lo que le había pasado desde que llegó a casa del senador Bronstein vestido de romano.

Cuando hubo terminado, Helen dijo:

—Deben haber avisado a la policía.

—No lo creo. Allí se estaba desarrollando una fiesta pagana, y dejarían muchas huellas. Además, los dos fulanos que maté eran dos sicarios, guardaespaldas que son fácilmente sustituibles. Y apuesto a que estaban fichados por la policía. Harán desaparecer los cadáveres. Estoy tranquilo a ese respecto.

—Pero Bronstein no se dará por satisfecho.

—Quizá sí, quizá no.

—Suponga que trata de vengarse de usted.

—Me encontrará preparado.

—Tal como ha pintado a ese hombre, puede mandarle asesinos profesionales.

—Sí, ya pensé en ello.

—¿Y qué hará?

—Esperarlos.

Helen enarcó las cejas en un gesto de perplejidad.

—¿No avisará usted a la policía?

—No.

—Pero ¿por qué?

—No querrá que me pase la vida en una comisaría por temor a que me vayan a disparar desde un automóvil.

—Tiene razón, y estoy arrepentida de haberlo molestado. John esbozó una sonrisa.

—Estoy muy satisfecho de haberle prestado el servicio. No conocía a Bronstein en su propia salsa, y lo he logrado gracias a usted. Lucharé con todas mis fuerzas contra ese hombre para impedir que siga adelante su carrera política.

—¿Qué va a hacer?

—No lo sé todavía, pero le aseguro que pondré toda la carne en el asador. No descansaré hasta haber destruido a ese crapuloso senador. Es indigno de figurar entre los hombres elegidos por el pueblo para que lo represente. Nuestra democracia tiene muchos defectos, pero sigue siendo buena, a pesar de los tipos como Bronstein. Con ellos los que dan lugar a los mayores ataques contra nuestro sistema basado en la libertad.

John se puso en pie.

—Ahora debo marcharme, Helen… La llamaré mañana.

—Trataré de hablar con Olga.

—Me temo que será inútil.

—Yo también lo supongo, pero debo intentarlo.

—Es usted una buena chica.

Caminaron hacia la puerta y se detuvieron, mirándose a los ojos.

John sintió deseos de rodearla por la cintura y de besarla en los labios. Pero Helen no era Olga.

—Hasta mañana, Helen.

—Buenas noches, John.

O’Hara
ocupó de nuevo el «Mercedes». Tenía un coche que no le pertenecía, pero el suyo había quedado en casa del senador Bronstein. No, no podía ir allí a cambiar uno por otro. Tenía que estar a resultas de las consecuencias. ¿Y si Bronstein metía los dos cadáveres en su coche y lo dejaba en cualquier lugar a la espera de que la policía lo descubriese? Ésa sería una buena idea para crearle dificultades, pero eso no le convenía si Bronstein, ya que él,
O’Hara,
daría explicaciones acerca de la fiesta y, sería fácil relacionar a los dos muertos con los guardaespaldas del senador. Éste se inclinaría por hacerlos desaparecer, arrojándolos al mar o convirtiéndolos en cenizas. La última solución era la más conveniente para Bronstein y,

como era lógico, la casa del senador, construida recientemente, contaría con un crematorio para la basura.

Decidió no pensar más en su auto. Fue con el «Mercedes» a su casa.

Tomó una ducha y luego se vistió de hombre de 1968.

Media hora más tarde, oprimía el timbre de un apartamento. Le abrió una rubia platino.

—Hola, Ann.

Ella era esbelta, prodigiosamente curvilínea, pero bien proporcionada.

—No des un paso más, John.

—Daré dos y estaré más cerca de ti.

Ella fue a pegarle un zarpazo, pero John la tomó por la muñeca. Anna se dio por vencida fácilmente, cuando él la besó.

—¿Dónde estuviste, John?

—Trabajando.

—¿Cómo se llama ella?

—Hubo muchas. Helen, Olga, Popea, Octavia…

Eso tranquilizó a Ann y John sonrió porque ella no podía suponer que le había dicho la verdad.

—Te estuve esperando más de dos horas.

—Perdona, Ann.

—¿Por qué no me llamaste siquiera por teléfono?

—Porque te habrías ido con ese estúpido de Cliff.

—¿Y qué tienes contra Cliff?

—Es un buen periodista, pero no quiero que me quite a mi rubia platino.

—¿Sientes celos?

—Por toneladas.

Ann tenía un enorme parecido con la actriz Carroll Baker. Conocía la asignatura completa de la coquetería.

—Te preparé una cena estupenda, querido.

—Pues hiciste bien, porque tengo hambre. Vamos a la cocina.

—¿No quieres antes el aperitivo? —dijo Ann y se sentó en el diván.

Se cubría con unos *shorts* de color azul que dejaban sus piernas al descubierto y con una blusa encamada. Era un conjunto sensacional dadas las medidas anatómicas de la muchacha.

John fue a su lado y señaló la mesa que estaba vacía.

—¿Dónde está el aperitivo?

—Aquí, tonto —dijo ella y lo miró con ojos ensoñadores. John se inclinó sobre Ann.

—¿No crees que nos podemos marear, nena?

—¿Por qué, bobito?

—Porque eres alcohol de cuarenta grados en estado puro. Se besaron.

Entonces se abrió la puerta y entraron dos hombres manejando pistolas con silenciador.

Ann soltó un gritito.

—¿Quiénes son?

—Dos amigos de tu novio que viene a participar en la fiesta —contestó uno de los recién llegados.

CAPÍTULO VII

La joven gritó otra vez:

—¡Salgan de aquí!

Uno de los tipos era muy alto, con el pelo blanco, cortado a cepillo, y ojos almendrados que miraban entornados a la joven.

—Eh, Bill, ¿vistes algo parecido?

—Se parece a Jean Harlow —dijo el otro hombre que debía estar por los cincuenta años.

—Yo nunca vi a Jean Harlow. Eres demasiado viejo, Bill.

—Han pasado algunas de sus películas por televisión.

—No me gusta tampoco la televisión. Tú eres un tipo con mucho cerebro para imaginar cosas. Yo necesito los cuerpos sólidos que pueda tocarlos.

—¿Puedo interrumpir? —preguntó John O'Hara.

—Adelante, periodista.

—¿Quién os manda?

—Un dólar si lo adivinas.

—Louis Bronstein.

El llamado Bill sacó una moneda del bolsillo y la arrojó a los pies de John. Eso fue todo.

—Muchachos —dijo O'Hara— estáis muy atrasados.

—¿De veras?

—Acabo de hablar con Bronstein.

—¿Y qué te dijo?

—Que volvieseis.

—¿Adónde?

—A vuestro cubil, alimañas.

—No cuela, periodista.

—¿Y por qué no me vais a creer?

—Porque Bronstein está muy enfadado contigo.

—Ya hicimos las paces.

—No, periodista, Bronstein no pudo hacer las paces contigo porque te portaste muy mal con él. Le estropeaste su fiesta.

—Estoy seguro de que continuó el jolgorio sin mi compañía.

—Te llevaste a su chica.

—Un día de éstos se la devolveré.

—Ya está de vuelta. John soltó un bufido.

—¿Qué es lo que quieres decir?

—Lo que tú supones.

—Así que Bronstein recuperó a Olga…

—Sí.

—¿Y qué hicisteis con Helen?

—Nosotros no nos encargamos de ese trabajo. No te podemos contestar.

—Si le habéis hecho algún daño a Helen, os jure que lo vais a pagar. Ann estaba asombrada.

—¡Es verdad lo que, me dijiste, John! ¡Estuviste con muchas mujeres!

—Ya te advertí que fue cosa de trabajo.

—Te debería arañar la cara. Bill se echó a reír.

—Eh, Peter, si se lo dejamos a la chica, no vamos a necesitar gastar el plomo.

John decidió aprovechar aquella oportunidad que le brindaba Ann. No sabía si las protestas de la rubia platino formaba parte de una comedia para que él pudiese hacer algo. Se lo preguntaría más tarde. Si lograba salir con vida.

—Querida —dijo John—, te juro que no te traicioné. Bill mordió el anzuelo.

—Te traicionó rubia platino, y lo hizo con una chica de campeonato.

—¿Con quién? —preguntó Ann.

—Con Popea, la emperatriz de Roma, la esposa de Nerón. Ann pestañeó incrédula.

—John, ¿está hablando eh serio ese gorila?

—Claro que sí, nena…

Ann le soltó una tremenda bofetada.

O’Hara
salió despedido del diván y rodó por el suelo. Su treta le podía salir mal si Bill y Peter se ponían a mandarle balas.

Pero los asesinos se estuvieron quietos hasta que él chocó contra sus piernas. Entonces se derrumbaron.

John tenía que darse mucha prisa porque se enfrentaba con dos enemigos al mismo tiempo.

Machacó las narices de Bill y sintió cómo los cartílagos crujían y el hueso se quebraba y por los dos agujeros echaba sangre a borbotones como impulsados por una bomba.

Se apoderó de la pistola de Bill.

La suerte estaba de su parte porque Peter se había golpeado en la pared y estaba inconsciente. Ahora Peter se despertó muy aprisa, cuando se vio en peligro.

Levantó la pistola con el dedo ya en el gatillo. John disparó antes.

Dos veces.

No hizo falta una tercera bala.

Los dos proyectiles chocaron contra la cabeza de Peter el cual estaba en su mala racha porque todo le iba a la cabeza. Y ya no la tendría buena en el resto de su vida porque le quedaban cinco segundos de ella.

Ni siquiera habló.

Dejó escapar un chorro de aire por entre los labios y se puso a viajar por la noche tenebrosa.

O’Hara
se quedó sentado en el suelo, mirando a Ann. La rubia platino cerró los ojos y los volvió a abrir.

—Menos mal que eres listo, John.

—Conque me pegaste para ayudarme…

—¿Qué otra cosa podía hacer?

—Nada, querida. Y ahora mismo te doy el premio.

—¡Oh, no, con un cadáver no! No me gustan los cementerios… Si yo hubiese sido Julieta habría pegado con la puerta en las narices a Romeo. Nunca habría aceptado enterrarme para ser felices…

—Tranquilízate, pequeña.

Bill seguía echando sangre por las narices.

—Me estoy desangrando —gimió—. Necesito un doctor.

—Qué casualidad. Soy el doctor John
O'Hara.

—Tú eres periodista.

—Para ti como si fuese el mismísimo Barnard, ya sabes, el de los trasplantes.

—No necesito un trasplante de corazón.

—Quizá lo necesites para cuando acabe contigo.

—¿Qué es eso de acabar? Has cometido un asesinato. Has matado a mi amigo…

—¿Dónde están las hermanas Queen?

—¡Y yo qué sé!

—¿Quieres que te rompa más cosas?

—Te juro que Peter te dijo la verdad… Nosotros nos ocupamos solamente de ti. Fuimos a tu casa, pero ya habías salido. Tuvimos que preguntar a uno de tus amigos, a Cliff Hudson, y él nos dijo que seguramente estarías aquí. Acertó.

—Nena, recuérdame que le de las gracias a Cliff, atrapándolo por el cuello. Quiero que sepa el afecto que siento por él.

—No seas injusto, Cliff no sabía la clase de tipos que te estaban buscando.

—No lo defiendas o aullaré de celos.

Bill estaba gateando hacia la puerta aprovechando aquel diálogo entre los dos jóvenes. John sólo tuvo que cogerlo de un pie y tirar de él, El que aulló fue Bill.

—¡Que me rompes el tobillo!

—Te lo voy a quebrar como pretendas escapar.

—¡Necesito una clínica, un sanatorio!

—Lo tendrás en cuanto hayas cantado.

—Pero ¿qué quieres que cante?

—Háblame de cierto plan de Bronstein para llegar a ser candidato a la presidencia de los Estados Unidos.

—¿De qué me estás hablando?

—¿Quieres que te pegue otra vez en las narices?

—No quiero que me pegues en las narices, pero yo no sé nada de política. Sólo soy un guardaespaldas.

—Tu patrón es Bronstein.

—A Bronstein no lo vemos casi nunca. El hombre que nos manda es Matt Farrell.

—Conque Tigelino.

—¿De qué Tigelino hablas? Yo sólo conozco a Matt Farrell.

—¿A quién tiene más Farrell?

—No lo sé.

—Estás dando pocas facilidades para que vayas al sanatorio. Yo te voy a decir dónde vas a ir. Al cementerio, como tu amigo.

—Te juro que te digo la verdad. No entiendo de política. Yo sólo sé jugar al billar y no me pierdo un partido de *baseball*. Pregúntaselo a quien quieras.

—Te faltó agregar tu trabajo más importante: el de matarife.

—No he matado a nadie.

—Claro. Tú eres Cupido. ¿Es así como te disfraza Bronstein cuando quiere hacerle el amor a una mujer?

—No. Yo no soy Cupido. Cupido es un negro que juega con los Gigantes. Menudo *pitcher* es…

—No me hables de *baseball*.

—Preguntaste sobre Cupido y yo te contesté.

—¡Basta, Bill!

—Como tú quieras.

—Nena, busca en la guía el número de Helen Queen y márcalo. Bill se puso un pañuelo en las narices.

—¿No tenéis algo para cortar la hemorragia?

—No hay nada.

La joven dijo mientras marcaba en el dial:

—Ahora le daré algo, señor asesino.

—Muy amable —sonrió Bill.

—Ya basta de florituras —intervino John—. ¿Te contestan, Ann?

—No.

—Espera otro poco. Quizá estén durmiendo.

—Ni tú mismo confías en eso.

—Si están en poder de Bronstein, lo van a pasar mal, sobre todo Helen. A ella no le gustan cierta clase de fiestas.

—¿A qué fiesta te refieres? —preguntó Ann mientras seguía con el auricular en la oreja.

—A una en la que concurrió lo más florido del imperio romano.

—¿De qué estás hablando, John?

—Te lo contaré luego.

—Siguen sin responder.

—Cuelga y marca el número de Bronstein —le dijo cuál era. Esta vez contestaron enseguida porque Ann dijo:

—Un hombre pregunta quién soy.

—Bill —dijo O’Hara —, mientras hablo por teléfono voy a seguir apuntándote con la pistola y, si haces una de las tuyas, te la ganas.

Tomó la otra pistola que estaba en el suelo y la guardó en el bolsillo.

—¡Sólo quiero que la chica me cure! —exclamó Bill.

—Ahora mismo le echo una mano, pistolero —contestó la rubia platino mientras entregaba el receptor a John.

—¿Quién hay ahí? —preguntó O’Hara por el micro.

—Matt Farrell.

—Tola, Tigelino.

—¿John O’Hara?

—Todo entero y sin balas.

—¿Qué has hecho con nuestros hombres?

—Uno está muerto y el otro necesita unas naricea postizas.

—Vaya, acabaste con ellos.

—Yo necesito no menos de seis. Lo deberías saber por experiencia. Cometiste un error al mandarme a éstos. Pero no quiero hablar contigo, sino con Bronstein.

—En seguida se pone, hijo de perra.

—Gracias, hijo de una mula ciega.

El auricular cambió de mano y enseguida O’Hara oyó la voz de Bronstein.

CAPÍTULO VIII

—¿Qué tal, señor
O'Hara?
—preguntó el político desde el otro extremo del hilo telefónico.

—La mar de divertido.

—Lo celebro.

—Me di cuenta enseguida que era usted un gusano pero no imaginé que llegase tan lejos.

—Sus palabras me halagan mucho, señor
O'Hara.

—Usted está tan loco como un rebaño de cabras, senador. ¿Qué importancia tenía que yo me llevase a Olga? Ya le dije a su hermana Helen que era muy pesimista con respecto a su Popea. Ella es una adicta a las drogas y será muy difícil que la abandone. Con ellos quiero decir que Olga habría vuelto a usted con toda seguridad. Debió dejarla que caminase por sus propios pasos.

—Está diciendo tonterías, señor
O'Hara.

—No son mayores que las que usted está cometiendo desde que tuve la desgracia de conocerle.

—Tengo también a Helen.

John sintió que se le revolvían las tripas.

—¿Sigue ahí,
O'Hara?
—preguntó el senador.

—No me moví.

—Le sorprendí, ¿eh?

—Confieso que bastante.

—Yo no conocía Helen personalmente. Olga me había hablado

de ella. ¿Y sabe una cosa? Llegué a creer que se trataba de una mujer sin atractivo. Me he llevado la gran sorpresa. Helen es algo sensacional.

—¿Bocado de senador, Bronstein? El político lanzó una carcajada.

—Lo ha definido bien,
O'Hara.

—A mandar, senador. Ya sabe que si puedo hacer un favor lo hago… Pero ya que estamos en el terreno de las amabilidades, ¿por qué no me dice, condenado gusano, por qué cometió la condenada insensatez de secuestrar a las dos chicas? Sabe que el secuestro está castigado con la última pena.

—¿Y quién va a decir que esto fue un secuestro?

—¿Cree tener todos los naipes del triunfo?…

—Los tengo. Y por eso hará lo que yo le ordene.

—De eso nada, monada.

—Si no lo hace, le juro que Helen va a pasar muy mal rato en la fiesta especial que organizaré para ello. Los muchachos aprovecharán el número. ¿Se imagina a Helen danzando como una negrita del Congo? Hasta le oscureceríamos la piel, y ya hay voluntarios para hacer ese trabajo.

—Es usted un cerdo de cuatro patas, senador. Bronstein rió de nuevo.

—Celebro su aprobación… Va a venir aquí, señor
O'Hara,
pero traerá también el gato.

John se quedó sorprendido.

—No le entendí el chiste, senador.

—Le he dicho que traerá también el gato.

—Ya dije que estaba usted loco, pero no supuse que lo estuviera tanto.

—Sabe a qué gato me refiero,
O'Hara.

—En la casa en que me encuentro no hay ningún gato. ¿O llama así a mi rubia platino?

Pero se equivoca, ella es gata.

—Basta de juego de palabras. Quiero el gato de peluche que estaba en la parte trasera del «Mercedes». Y no me vuelva a

preguntar qué «Mercedes». Es el automóvil que usted se llevó.

—No vi ningún gato de peluche —contestó John y era la verdad.

—
O’Hara,
sé que lo tiene usted. Mis muchachos le siguieron hasta ahí. Registraron el auto y no encontraron el gato de peluche. Por eso les di orden de que subiesen al apartamento de Ann Tready y que lo sorprendiesen.

—Pues me sorprendieron de una forma muy rara porque me querían mandar plomo.

—Antes de darle plomo, tenían orden de recuperar el gato de peluche.

—¿Y qué pasa con ese gato, senador Bronstein?

—Me está impacientando, señor
O’Hara.
Tengo muy cerca a Helen. ¿Quiere oír su grito? Será la señal de que uno de mis muchachos le habrá desgarrado el vestido.

John oyó un grito femenino y luego la voz un poco lejana de Helen.

—¡Si vuelve a hacer eso le voy a sacar los ojos! Bronstein rió una vez más.

—¿La oyó,
O’Hara?
La acerqué para que pudiese llegar la protesta de la atractiva Helen.

—Senador, tengo el gato de peluche.

—Tráigalo con usted.

—De acuerdo.

—Será acompañado por Bill.

—Y por el muerto.

—No, el muerto se queda ahí.

—Mi chica no está acostumbrada a dormir con cadáveres en el «*living*».

—Su chica también viene.

—Olvide eso, senador.

—Yo soy el que da las órdenes,
O’Hara.

John comprendió en la clase de lío que había metido a Ann al acudir a su casa. No, Bronstein no podía confiar en nadie y Ann

quedó enredada en el asunto desde que él puso los pies en su apartamento.

Apretó los dientes hasta hacerlos rechinar.

—Senador, no lleve esto más lejos.

—Yo lo alcanzo todo.

—Tiene a las dos chicas. Ya tiene bastante.

—Usted traerá a esa bonita señorita.

—¿Cómo sabe que es bonita?

—Siendo su chica tiene que serlo. Lo conocí a usted y sé que no perdería el tiempo con una mujer poco atractiva.

—Espere un momento.

—Claro que sí, señor
O'Hara.
Puede tomarse todo *el* tiempo que quiera. Por ejemplo, un minuto. En cuanto transcurran esos sesenta segundos, volverá a oír a Helen. El muchacho que le desgarró el vestido está ansioso de seguir adelante.

—Maldito sea, senador.

—Ya perdió tres segundos.

John
O'Hara
cubrió el micro con la mano y miró a Ann que estaba curando la nariz de Bill.

—Nena, el senador Bronstein, un sádico asesino, te invita a una reunión de alta sociedad… Tiene secuestradas a las dos hermanas Queen… A una de ellas la están sometiendo a un tratamiento especial.

—¿Qué le hacen?

—La quieren dejar con la vestimenta de Eva.

—Dile que iré.

—¿Sabes lo que puede significar?

—Claro. Estando tú, ganaremos.

—Gracias, Ann; pero tenemos todas las de perder.

La rubia platino arrugó la nariz en un gesto que John conocía bien, porque era uno de los que más le gustaba, aunque Ann tenía un buen repertorio *de* ellos.

—Senador —dijo
O'Hara

por el micro—, aceptamos sus condiciones.

—Qué lástima, Tom —habló el senador a uno de los que estaban con él—. No puedes seguir rompiendo tela. El señor O'Hara ha aceptado gentilmente nuestra invitación.

Luego Bronstein colgó y O'Hara lo hizo a continuación. Ann ya había terminado de curar a Bill.

Exhaló el aire de sus pulmones.

El asesino a sueldo ofrecía un cómico aspecto con su nariz llena de esparadrapo. Ann había logrado cortarle la hemorragia.

—Gracias, hermana —dijo Bill.

—Llámala otra vez hermana y te vuelvo a romper la nariz —contestó O'Hara —. Ella es una señorita para ti. Señorita Tready.

—Está bien No te enfades. Yo acostumbro a llamarlas hermanas. Ann sonrió.

—No se preocupe, Bill. Me hago cargo de sus defectillos.

John se acercó al «gángster», que estaba sentado en un rincón del diván.

—Bill, ¿qué hay del gato de peluche?

—Tú lo tienes.

—¿Qué tiene el gato de peluche?

—Y yo qué sé. ¿No lo has abierto tú?

—No.

—Eso no lo va a creer el senador. John O'Hara manejó la pistola.

Bill se hizo un ovillo.

—¡Cuidado, O'Hara, no me pegues más!

—Te estoy interrogando sobre el gato de peluche, y lo voy a hacer hasta que me digas algo que tenga sentido… Ann, será mejor que te vistas mientras tanto. Así evitarás ver más sangre.

Bill gritó:

—¡No se vaya, hermana! ¡Perdón, quise decir, señorita Tready!

La joven se encogió de hombros.

—Perdone, Bill, pero tengo por costumbre vestirme cuando voy de visita. La joven desapareció en una habitación y Bill dijo compungido:

—

O'Hara,

no sé nada del gato de peluche… ¡Te lo juro por mi padre!

—Tú no conociste a tu padre.

—Pero tengo uno como todos.

—Empiezo a tener mis dudas…

—Oye, nos dijeron que teníamos que recuperar el gato de peluche, y si lo encontrábamos no te debíamos molestar. Pero el gato de peluche no estaba en el «Mercedes».

O'Hara

se puso a pensar en aquello. Al ocupar el «Mercedes» en el garaje, no se había percatado de la presencia de aquel objeto de adorno.

Era frecuente que muchas personas llevasen en el coche tigres, perros, gatos.

Y se había puesto a correr en el «Mercedes» con Olga. ¿Y si ella había atrapado el gato de peluche? Pero estaba seguro de que Olga no se había movido del asiento delantero. La joven trató de hacerle el amor, y su diálogo se refirió al *bungalow* adonde ella quiso que la llevase. Cuando llegaron a la casa de la Calle 64 Oeste, él salió del vehículo y se dio mucha prisa en abrir la portezuela para evitar que ella escapase. No, Olga, tampoco había tenido tiempo para apoderarse del gato.

Entonces llegó a una conclusión. El gato de peluche había sido robado del «Mercedes» antes de que él montase con Olga.

Sonrió. El ladrón podría formar parte de la pandilla de Bronstein. ¿Y si se llevó el animal cualquiera de sus invitados? Demonios, aquello hacía más enrevesado el asunto.

La pregunta más importante estalló en su mente. ¿Qué contenía el gato de peluche?

Sólo podía dar una respuesta. Debía contener algo muy importante, trascendental para el futuro del senador Bronstein.

Ann salió de la habitación.

—¿Qué te parece la minifalda?

—Debiste alargarla un poco.

—¿Por qué?

—Porque los perros te van a ladrar.

—Todas las que tengo son por el estilo.

—Está bien. Vámonos.

—Y que el cielo nos proteja —sentenció Ann. Bill se levantó perezosamente y
O'Hara
le dijo:

—Muchacho, tú irás a mi lado, pero no te confíes demasiado o te meto un pildorazo.

Seguiré siendo el amo hasta llegar a casa del senador. ¿Entendido?

—Claro que sí,
O'Hara
—asintió Bill.

CAPÍTULO IX

Por segunda vez en aquella noche, John
O'Hara
hizo cruzar un vehículo por el hueco del portón que conducía a la casa del senador Louis Bronstein.

Pronto se dio cuenta de que la fiesta había terminado.

Se conservaba la iluminación, pero ya no se veía a ningún invitado.

John sintió un escalofrío por la espina dorsal porque ahora la fiesta iba a ser a costa de ellos, una fiesta que podía resultar mortal para Helen, Olga, Ann y él.

La joven conducía el automóvil sin una sola vacilación.

—Bill y John viajaban en el asiento trasero,
O'Hara
manejando la pistola.

—¿Me das ya el arma, John? —dijo el hombre de la nariz rota.

—No, todavía no.

—Llegamos a casa del senador Se acabó tu mando.

—Deja que sea yo quien lo decida.

—Como tú quieras.

Arriba, en el porche de la casa, había tres hombres. John identificó a Matt Farrell, alias Tigelino, y a Mel Becker, alias Burro.

—Ahí están los lobos, Ann.

—Si al menos se disfrazasen con piel de oveja.

—Lo siento, Ann, pero se acabó el baile de disfraces.

Efectivamente, los tres hombres vestían el traje de paisano, Matt Farrell parecía más alto con pantalones y chaqueta a rayas.

Farrell y Becker manejaban pistola con silenciador. El otro tipo a quien John no conocía enseñaba una metralleta.

Ann detuvo el coche.

Primero saltó John y a continuación Bill.

—Quédate ahí, Ann. Te vas a volver a casa.

Le dijo en voz alta para que lo oyese Matt Farrell, y éste repuso:

—¿No conoce las instrucciones, O'Hara?

—Sí, Farrell, pero cambié de opinión.

—Ya no puedes cambiar.

—Tengo una pistola.

—Nosotros tenemos muchas. Una oposición por tu parte y os hacemos saltar en pedazos.

Hubo un silencio y Ann dijo:

—No te preocupes, John. Vine voluntariamente.

Ann bajó del coche y el tipo de la metralleta lanzó un silbido.

—Demonios, no sabía que ahora hiciesen así a las rubias platinos.

—¡Cierra el pico, Tom! —ordenó Farrell.

—Conque tú eres Tom —dijo John—, el muchacho que se divierte con los desnudos artísticos.

—Tengo una colección estupenda. Estoy suscrito a todas las casas que se dedican a esa clase de fotografías. Diapositivas, ¿sabes? Con ellas me entretengo mucho.

—Tom, ¿dejaste de escupir tonterías? —preguntó Farrell.

—Estaba contestando al periodista por si me quiere poner en los periódicos.

—Me temo que O'Hara no va a poder seguir escribiendo en los papeles.

—Tengo mucha cuerda —contestó John.

—Empieza por tirar la pistola al suelo.

—¿Y si no qué?

Farrell hizo una señal, y tanto él como los otros dos apuntaron a la joven.

—A ella la vamos a convertir en un saco de plomo —dijo el lugarteniente de Bronstein, el matón número uno, el que durante la fiesta había representado el papel de Tigelino, aquel hombre cruel que fue jefe de policía con Nerón.

John dejó caer el arma.

Pero tenía otra en el bolsillo, la de Peter.

Eso era un alivio. Les podría dar la sorpresa en el momento más inesperado. Esa esperanza se desvaneció enseguida.

—La otra pistola,
O’Hara.

—¿Eh?

—¿Crees que somos idiotas? Mataste a Peter y seguro que te apoderaste de su pistola. ¿No es verdad, Bill?

—Desde luego. La guardó en el bolsillo derecho.

—Eres un imbécil completo, Bill. Debiste decirlo tú y no esperar a que yo me preocupase.

—Se me había olvidado por un momento.

—Hay olvidos que no se pueden tener y éste en uno de ellos. ¿Qué clase de pistolero eres tú?

—Siempre he sido bueno, Matt. Recuerda los servicios que te he prestado.

—Un hombre se hace viejo en cualquier profesión. Te lo dije un par de veces. Te advertí que tú y Peter estabais para comer sopas.

—Te demostramos que te equivocaste. En aquel asunto de las gemas nos cargamos a tres tipos que querían robarte.

—Eso fue hace dos años, estúpido, y dos años es mucho tiempo para un hombre que ha de ser rápido con la pistola.

—Continúo siendo rápido.

—¿A quién se lo vas a decir? Tú y Peter tuvisteis que haber metido en cintura al periodista. ¿Y qué pasó? Que él se cargó a Peter y te metió en cintura a ti. ¿Cuál de los dos tiene razón? Anda, Bill, contesta:

Bill bajo la mirada al suelo.

—Le puede pasar a cualquiera, Matt.

—Entra en la casa y vete a la cocina.

—Sí, Matt —repuso Bill con voz apenas audible. Subió las escaleras y entró en la casa.

Ann y John continuaban abajo. Farrell les sonrió.

—¿Qué estás esperando.
O’Hara?
Saca esa pistola.

John obedeció. La segunda pistola fue a parar al suelo con la primera. Becker, alias Burro, bajó la escalera y se apoderó de las

dos armas.

—Bien, chicos, ahora a la casa. El señor Bronstein os espera.

John tomó del brazo a Ann y los dos entraron en la casa seguidos por aquellos hombres armados hasta los dientes.

Fueron conducidos a la biblioteca que John ya conocía, donde había sostenido su entrevista con el senador Bronstein tan sólo unas horas antes, en plena orgía romana.

Allí estaban Helen y Olga.

Bronstein observó atentamente a Ann.

—Felicitaciones,
O'Hara.
Mi suposición acerca de su buen gusto con las mujeres fue cierta. Posee un gran sentido de la belleza.

Ann sonrió.

—Es usted muy gentil, senador.

—Tú te lo mereces, pequeña.

—Déjeme que le de las gracias, grandísimo cerdo. Bronstein soltó una ruidosa carcajada.

Olga saltó del sillón. Tenía un vaso de *whisky* en la mano.

—¡Bronstein, no me gusta que nadie me haga la competencia! ¡Soy Popea!

—Eso ya acabó. Eres Olga, y yo soy Bronstein porque dejé de ser Nerón, y Matt Farrell terminó de ser Tigelino… ¿Quieres que siga nombrándote personajes romanos? Métetelo en la cabeza, Olga. ¡Se acabó la función! Esto es la vida real.

Olga respiró agitadamente.

—Muy bien, soy Olga Queen, pero no me vas a sustituir por la primera rubia platino que se te meta en la casa.

—Tranquilízate, nena. Nadie ha hablado todavía de sustitución.

—¡La estás requebrando!

—La requiebro porque lo merece. Y ya dijiste bastante. Ocupa el sillón y no digas una palabra.

Helen se levantó también.

—Señor Bronstein, no trate así a mi hermana.

Tenía el vestido rasgado, pero lo había reparado haciendo un nudo con dos trozos de tela.

—Tú no tienes voz en este asunto —le contestó el senador.

—¡Me tendrá que escuchar a pesar de todo!

—¿Y qué es lo que vas a decir, preciosidad?

—No habla usted como un senador, sino como un «gánster».

O'Hara
intervino:

—Helen, hay muy poca diferencia entre un «gánster» y cierta clase de politices, y aquí tenemos un ejemplar de esa clase.

Los ojos de Bronstein llamearon.

—No está en situación de insultarme,
O'Hara.

—Yo creo que sí.

—¿Lo desarmasteis, Matt?

—Sí, claro. No tiene ninguna pistola, aunque trajo dos. Bronstein sonrió.

—Se quedó sin el arsenal.
O'Hara.

—No me refería a las armas de fuego, sino al gato de peluche.

—¿Qué pasa con él?

—Que no lo traje.

John tenía que jugar de esa forma. Era como el póker. Sólo contaba con una humilde pareja de nueves, pero tendría que envidar fuerte, hasta la piel. Era un hermoso farol, mientras lo creyesen, y de él iba a depender que aquélla llegase hasta el final.

Una venilla se había hinchado en la sien del senador y eso le indicó a
O'Hara
que se estaba llenando de ira.

—
O'Hara,
le dije que trajese el animal.

—Se me olvidó.

—¡No pudo olvidarlo! Era lo más importante.

—Se lo diré de otra forma. Yo tenía que adoptar una garantía. ¿Cómo me ha creído tan estúpido, senador? Si yo hubiera traído el gato de peluche, habría acabado con nosotros.

—Muy bien,
O'Hara,
le voy a respetar su vida.

—No se trata de mi vida, sino de la de las tres chicas.

—¡Maldita sea.
O’Hara,
necesitaba el gato!

—Pues deberá tener paciencia, senador, Yo soy ahora quien dirige el baile. Farrell dejó oír su voz enérgica.

—Senador, no debe creerle.

—¿Y por qué no?

—Tengo mí dios para que suelte dónde tiene el gato,
O’Hara
sonrió.

—¿Es que no lo oíste, Farrell? El senador dijo que ya había acabado la función y que cada cual representa el papel que le corresponde en este hermoso verano de 1968. Ya no eres Tigelino, el polizonte de Nerón. Sólo eres el jefe de Relaciones Públicas de un senador que quiere llegar a ser presidente de los Estados Unidos y que, para ello, ha de ser nombrado candidato por un partido.

—Senador, este tipo habla demasiado, y ya sabe lo que ocurre Lo enredan a uno y cuando se da cuenta está atrapado.

Bronstein respiró profundamente.

—
O’Hara,
¿dónde está el gato?

—No lo sabrá hasta que las chicas y yo estemos seguros.

—¿Cuál sería el acuerdo?

—Las tres muchachas y yo salimos de aquí. Sólo nos acompañará Farrell. Le daré a él el gato.

—¿Cuánto duraría el viaje?

—Una hora.

—¡Es demasiado tiempo!

—No es demasiado tiempo si usted recupera el gato. Bronstein sacudió la cabeza.

—No tengo más remedio que aceptar, pero le voy a advertir una cosa.
O’Hara.
Si juega sucio, le juro que le arrancaré la piel. Y también se la arrancaré a las muchachas, pero antes ellas tendrán que pasar por otras cosas.

—Va lo imagino. Voy a cumplir, senador.

O’Hara
sabía que no podría cumplir nunca porque él no tenía en gato de peluche, pero el farol le estaba dando resultado. El más óptimo. Se marcharía con las chicas y más tarde se libraría de Farrell. Luego acudiría a la policía.

—Nos vamos, muchachas. Olga dijo:

—Yo me quedo.

Helen se acercó a su hermana.

—Tú vienes con nosotros, Olea.

—Quiero estar con el senador.

—Estúpida, ¿es que no te distes cuenta de que él te sustituirá por la primera que llegue? ¿No lo vistes con tus propios ojos? ¿Qué necesitas para convencerte?

John esperó con el alma en vilo, porque si Olga se obstinaba en quedarse no tendría más remedio que dejarla.

Olga quedó un momento indecisa.

—Está bien. Iré contigo —se detuvo ante Bronstein—. Louis, si me necesitas, llámame. John señaló la puerta a las tres mujeres para que lo precediesen en la salida.

Farrell lo apuntó con la pistola.

—No creas que vas a seguir siendo el amo por mucho tiempo.

En aquel momento se abrió la puerta y entró un hombre precipitadamente.

—¡Senador, encontré el gato de peluche!… Seguimos sus instrucciones de buscarlo por toda la casa, incluyendo las maletas de sus invitados… El gato de peluche estaba en la maleta de Mel Becker…

Así diciendo, aquel hombre apartó la mano de la espalda y mostró un gato de peluche.

John tuvo la impresión de que tenía los pies sobre tierra movediza, y que aquella tierra lo estaba tragando.

CAPÍTULO X

El senador Bronstein lanzó una carcajada.

—Nick, te acabas de ganar mil dólares. Su informador sonrió.

—Gracias, señor Bronstein.

El senador desvió los ojos hacia John.

—Usted perdió,

O'Hara.

—Le voy a dar una sorpresa.

—¿Y en qué consistirá?

—En un juego de manos.

—No se lo voy a permitir.

—No me entiende, Bronstein. El juego de manos ya lo hice. Ese gato de peluche no es el que usted quiere, Se la pegaron. El auténtico gato de peluche lo tengo yo.

—¿Cómo lo sabe?

—Está la mar de claro. Mi gato estaba en el «Mercedes», donde usted indicó que debía estar.

Bronstein cambió otra vez la mirada. Ahora la detuvo en uno de sus empleados, en Mel Becker, alias Burro, el cual estaba pálido.

—¿Por qué tenías ese gato de peluche en tu maleta, Mel?

—Tuve miedo de que lo robasen.

—Te estás agarrando a un clavo ardiendo, ¿eh, Mel? ¿O estás en combinación con el periodista?

—¡No estoy en combinación con el periodista! Pero pensé que él podría llevárselo.

—Lo voy a saber enseguida. Dadme un puñal. Fue Matt Farrell quien se lo alargó.

—Adelántate, Nick, sostén el gato de peluche con la cabeza hacia mí. Muchachos, no dejéis de apuntar a

O'Hara
y a las chicas. Si alguien trata de largarse, plomo.

John estaba rabioso. ¿Por qué infiernos habían tenido que pasar así las cosas? Si aquel Nick hubiese retrasado su descubrimiento, habría podido salir de allí con las chicas. Era demasiado tarde para lamentarse. El plan estaba arruinado.

Bronstein rajó la barriga del muñeco. Metió la mano por el hueco y extrajo un pequeño cilindro metálico. Lo abrió y de él sacó un microfilm. Lo miró al trasluz y se echó a reír. Guardó el microfilm en el bolsillo.

—Señor
O'Hara,
su situación es muy mala. Ha empeorado súbitamente.

—No lo creo.

—¿Y por qué no?

—Porque usted tiene sentido común y nos dejará marchar. Se ha demostrado que no tengo nada que ver con el gato de peluche. Nunca lo tuve. Cuando atrapé el «Mercedes», su maldito gato ya no estaba allí. Usted es inteligente, Bronstein, y si de verdad quiere llegar a ser presidente de los Estados Unidos, no se puede dar un baño de sangre.

—Hablaremos de eso después. Ahora quiero interrogar a uno de mis hombres —clavó otra vez los ojos en Mel Becker.

—Senador, le juro que lo hice por usted.

—¿Robaste el gato de peluche para que nadie lo robase?

—Eso es, señor Bronstein.

—¿A quién quieres engañar, imbécil? Robaste el gato de peluche para traicionarme.

—¡No!

—¿A quién se lo ibas a entregar, Mel?

—A nadie.

Bronstein era muy fuerte. Se echó sobre Becker y lo lanzó contra la pared.

Aquel hombre estaba tan asustado que no se resistió, y Bronstein le pudo apoyar la punta del puñal en el cuello.

—¡No, señor Bronstein!… ¡No lo haga!

—¿A quién le ibas a entregar el microfilm?

La nuez de Becker subió y bajó en la garganta.

—Fue un momento de debilidad… Perdóneme, señor Bronstein. Además, no lo habría hecho. Tensa es cuenta que el gato de peluche no salió de mi habitación.

—¡Te he preguntado a quién se lo ibas a entregar!

—A un inspector del
F. B. I.

—¿Cómo se llama ese inspector?

—Duke Wilson.

—¿Cuánto te iba a pagar?

—Cincuenta mil dólares.

—¿Y por cincuenta mil dólares ibas a traicionar nuestra causa, bestia?

—Ya le he dicho que no sabía lo que hacía, señor Bronstein. Estoy endeudado… Y le pedí diez mil dólares, pero usted sólo me dio mil… Aposté en las carreras, y hay gentuza que me está apretando…

—¿Qué le dijiste al inspector, Mel?

—Nada por ahora.

—Es mentira. Le hablaste de mi plan.

—Le juro que no le hablé. Sólo le dije que sabía algo importante acerca de usted y que interesaría a la nación… El quiso saber de qué se trataba, pero le dije que esperase a que yo tuviese la prueba. Ya sabe a lo qué me refiero, al gato de peluche.

—Bravo, Mel, eres todo un tipo.

—Por lo que más quiera, senador, no lo tenga en cuenta. Recuerde ese asunto de mi deuda con los del hipódromo.

—¡Eso es mentira! ¡Tú no has apostado un solo dólar en tu vida!… Son las mujeres.

¿Crees que no lo sé? Eres un estúpido. Ahí tienes a Matt que les saca dinero a ellas. Pero tú eres un cretino porque son ellas las que te sacan el dinero a ti. ¿Y qué es lo que conseguiste? Que te arruinases. Y ahora sólo vistes un camino, el de la traición, pero sólo conduce a la muerte…

Bronstein hundió el puñal en el cuello de Becker.

Helen lanzó un grito de terror, y escondió la cara entre las manos.

Mel Becker no gritó porque el cuchillo se le había penetrado demasiado. Sus ojos se desorbitaron, y por sus labios emitió un

extraño silbido producido por el aire que se le escapaba.

Bronstein retiro el puñal. Por el boquete del cuello de Becker salió un chorro de sangre al tiempo que se desplomaba flácidamente.

El periodista dijo:

—Bien, señor Bronstein. Ha hecho justicia. Ahora ya nos podemos ir.

—No,
O'Hara,
ustedes son mis prisioneros.

—¿Para qué nos va a tener prisioneros?

—Decidiré acerca de su suerte.

—No le entiendo.

—No se haga el estúpido,
O'Hara.
Han visto cómo cometí un crimen.

—No ha tenido importancia. Al fin y al cabo, el muchacho se la iba a jugar y usted se defendió como pudo… No se preocupe. No se lo contaremos a nuestros nietos… Además, estaría feo decir que el presidente de los Estados Unidos, Louis Bronstein, escabechó a uno de sus empleados valiéndose del cortaúñas, como un rufián cualquiera… No, no señor Bronstein puede estar seguro de que nosotros no vamos a darle mala fama.

—¿Ya acabó los chistes?

—Sí, es su turno.

—Mañana seré presidente de los Estados Unidos.

—¿Lo dice su horóscopo? Bronstein empezó a ponerse rojo.

Nick soltó una risita y el senador gritó:

—¡Nick, vas a recibir mil dólares y una bala!

—Disculpe, señor Bronstein, pero es que este periodista es demasiado agalludo. Le aconsejo que acaba con él cuanto antes.

—No quiero tus consejos. Saca al muerto.

—Sí, señor. Ahora mismo.

Nick tomó por los hombros al difunto Becker y lo arrastró sacándolo de la habitación.

—Nick —continuó el senador—, luego trae un cubo y un paño para lavar el suelo.

—En seguida, señor Bronstein.

El senador volvió a interesarse por el periodista, quien estaba rodeado por las tres bellas jóvenes que poco antes se disponían a abandonar la casa.

—Le he dicho que seré presidente de los Estados Unidos,
O'Hara.

—Que yo recuerde, ni siquiera se han celebrado las convenciones para elegir a los candidatos.

—Pasaré por alto eso.

—Eh, señor Bronstein, estamos en una democracia.

—Por poco tiempo.

—No me diga que dará una nueva Constitución a los americanos…

—Es exactamente lo que haré.

—Ya sé lo que dirá su Constitución, señor Bronstein.

—¿De veras?

—«Yo, Nerón, emperador de los romanos, he decidido volver a la vida».

—Al parecer, no acabó sus chistes.

—Usted es el que los está soltando sin parar. ¿Se da cuenta de que cualquier cosa que intente contra nuestro actual sistema de Gobierno no prosperará nunca?

—Lo mío prosperará.

—¿Por qué?

—Porque tengo la fuerza.

—¿Qué es lo que tiene, senador? ¿Cien rufianes a su servicio? ¿O Tigelino, quiero decir Matt Farrell, logró un cuerpo de policía especial de diez mil hombres? ¿Es eso?…

—No tiene ni la menor idea.

—Démela usted.

—Bombas de hidrógeno.

—¿Eh?

—Bombas de hidrógeno —repitió el senador.

—Cada vez está peor de la cabeza. Sí, señor Bronstein. Hablar con usted es ir de sorpresa en sorpresa. Al principio, creí que jugaba a los emperadores romanos, como los niños juegan a policías y ladrones, pero ya veo que está usted poseído de megalomanía. Corra a un siquiatra. Lo necesita urgentemente. Todavía podrá existir salvación para usted. También existen drogas, y no me

refiero a esa cochinada de la
L. S. D.
Ya verá cómo le arreglan el piso de arriba.

—Es usted un imbécil, señor
O’Hara.
Se cree muy listo, el más inteligente de todos.

—Hay otros que lo son más que yo, pero usted no es uno de ellos, Bronstein.

—Yo soy más inteligente que usted, puesto que poseeré el mayor poder que ha conocido la historia.

—Le han engañado, señor Bronstein. Creo conocer su anécdota. Llegó un gitano y le vendió una bomba de hidrogeno. ¿Sabe lo que lleva dentro su artefacto? Un montón de pólvora que sólo hará humo.

Bronstein soltó la carcajada y fue secundado por Farrell y Tom.

—Señor
O’Hara,
usted debería trabajar para los de a TV.

—¿Y en qué espectáculo?

—En el *show* de Dick Van Dicke, en el de «Superagente 88» o en el de la monstruosa «Familia Adams»…

—Estupendo, señor Bronstein, ha tenido una gran idea. Vamos a la
N. B. C.,
chicas… Cogió a Helen y a Ann.

—Eh, Olga, tú también quedas incluida —dijo.

Tom cubría la puerta con la metralleta y levantó el arma.

—¿Les sirvo ya el plomo, señor Bronstein?

—Todavía no, a menos que el señor
O’Hara
siga con la idea de ir a la
N. B. C.

—Cambié de opinión, senador —repuso
O’Hara
—. Firmaré mi contrato con los de la TV, en otro momento.

—Muy juicioso.

—Pero volvamos a su bomba de hidrógeno.

—A mis tres bombas de hidrógeno —le corrigió Bronstein.

—No me convencerá de eso ni aunque me lo jure por su tía.

—No se lo voy a jurar por mi tía, señor
O’Hara.
Pero yo tengo tres bombas de hidrógeno y, gracias a ellas, mañana seré el presidente de los Estados Unidos de América, o sea el hombre más poderoso de la tierra.

CAPÍTULO XI

John
O'Hara
pensaba en su fuero interno que el senador estaba diciendo la verdad. No, Bronstein no estaba bien de la cabeza, pero su ambición le hacía obrar cono una persona normal. Había conocido a otros como Bronstein que también estaban dementes, pero lo disimulaban. Además, en los Estados Unidos se encontraban los mejores siquiatras del mundo, los indígenas, o los llegados de Europa. Nueve políticos de cada diez se sentaban en el sofá de un siquiatra cada dos o tres años, para hacer una cura de nervios, pero Bronstein necesitaba algo más que un sedante para sanar, o quizá lo suyo no tuviese remedio.

Bronstein, frente a él, sonreía triunfalmente.

—¿Ya me cree, señor
O'Hara?
Leo en sus ojos que ya no es tan escéptico como antes.

—Suponga que lo admito. Usted tiene tres bombas de hidrógeno. ¿Cómo las consiguió?

—Poniendo en práctica mis medios particulares.

—¿Las robó?

—Digamos que las confisqué.

—¿En virtud de qué?

—Del bienestar del país.

—Oh, sí, conozco su teoría de las minorías raciales. Cuando usted sea presidente habrá una reserva portorriqueña, una reserva judía, una reserva negra…

—¿Quién le dijo eso?

—Hablé con uno de sus hombres. He conocido a unos cuantos.

—Ninguno de ellos ha podido decirles nada. Ha sido Olga.

—Se equivoca.

—Es usted muy caballeroso, pero no le sirve… Olga, ¿por qué le hablaste? No sé por qué te lo pregunto. Eres una estúpida. Estabas bajo la influencia de la
L. S. D.
Cuando eso ocurre te conviertes en una irresponsable.

—¿Qué importancia tiene que se lo haya dicho? —repuso Olga—. Es tu prisionero y lo vas a matar.

John los interrumpió para ayudar a Olga.

—Senador Bronstein, hasta ahora no nos ha dicho nada interesante.

—Imagino que no opina con sinceridad. Le he dicho lo más trascendental que un político ha pronunciado en nuestro país.

—La modestia no es una de sus virtudes, senador. Lo que quiero decirle es que no podemos hacer nada contra usted. Saldremos de esta casa, y podría ocurrírseme ir a alguien con la historia de que usted tiene tres bombas de hidrógeno y que piensa apoderarse del país. ¿Y sabe lo qué pasaría a continuación? —John se contestó a sí mismo—. Me pondrían la camisa de fuerza. Y en cuanto a sus ideas de esas reservas, la acusación también sería juzgada como descabellada. Y eso agregaría a la camisa de fuerza unas cuantas duchas frías…

—Continúe.

—¿Para qué decir más? Usted está a salvo, senador. No puedo nada contra usted. Es el vencedor.

—Es usted un buen abogado. Debió seguir la carrera de leyes.

—Preferí el periodismo, aunque debo reconocer que hubo un tiempo en que me interesé por la carrera de leyes, pero vi tantas cosas podridas que me decidí por la Prensa.

—¿Acaso la Prensa no está podrida?

—Yo no lo estoy, señor Bronstein. Puedo escribir libremente. Todo depende del diario y del patrón que uno tenga. Siempre he procurado estar con los que dicen la verdad objetiva.

—Está haciendo un cuadro formidable de sí mismo, señor
O’Hara.
Tampoco es usted muy modesto.

—La única diferencia entre nosotros es que yo no aspiro a ser

presidente de los Estados Unidos.

—Es una suerte para mí. No me gustan los rivales.

—Puesto que tampoco lo soy, ordene a Tom que se vaya con su violín a otra parte. Tom miró la metralleta que tenía en sus manos.

Y eso era lo que John quería.

Le soltó un terrible castañazo con la derecha.

Tom chocó contra la pared y se vino abajo sin emitir un solo gemido.

En la siguiente fracción de segundo, John se arrojó sobre la metralleta, pero ésta había quedado demasiado lejos.

La estaba tocando con los dedos cuando Matt Farrell dijo:

—Deja esa arma quieta o te parto la espina dorsal,
O'Hara.

John no tuvo más remedio que retirar sus manos de la metralleta. Bronstein soltó una risotada.

—Es usted duro,
O'Hara.

—Le voy a matar, senador —dijo Farrell.

—No, todavía no.

—¿Por qué?

—Ya vi demasiados muertos aquí. Llevarla al horno crematorio. Le pegáis las balas allí y luego acabáis con el cadáver.

—No me interesa esa clase de final —protestó John—. Prefiero la piscina de los cocodrilos Además, será más divertido para ustedes. Soy un buen nadador.

—No le serviría de nada nadar, señor
O'Hara.
Hay demasiados cocodrilos.

—¿Cuántos?

—Seis.

—Sigo prefiriendo la piscina de los cocodrilos.

John prefería vivir. Pero era de noche, y si lograba burlar las primeras balas podría esconderse por entre los arbustos y los árboles. Y ya sabía dónde estaba el portón.

Matt Farrell rió.

—Senador, voto por la piscina de los cocodrilos.

—Sí, no está mal la idea —sonrió también Bronstein. John se frotó las manos e hizo flexiones con las piernas.

—Estoy preparado. Cuando quieran.

Estaba preparado para soltar un puñetazo a Farrell y lo intentó.

Matt estaba muy pendiente de sus movimientos porque lo aludió y, a continuación, le golpeó con la culata de la pistola en el cuello.

John cayó en tierra.

—¡Es usted un salvaje! —gritó Helen.

—Nena, te callas o te vas también con los cocodrilos.

John no había perdido el conocimiento. Soltó una maldición para sus adentros porque no quería que Helen lo acompañase en su viaje a la piscina.

El senador Bronstein dijo:

—Señor O'Hara, ya que usted es tan amable de ofrecernos un espectáculo gratuito, deje de hacer el tono y cumpla su palabra.

—Estoy a sus órdenes, senador —asintió John levantándose.

—Muchachas —dijo el senador—, vendréis con nosotros.

—Eso sí que no lo consiento —repuso John.

—Usted se calla, O'Hara.

Tom se levantó con la metralleta. Se puso a gritar:

—¡Le voy a soltar la ráfaga!

—No, Tom —ordenó Bronstein.

—¡El me pegó!

—Porque eres un idiota. Serán los cocodrilos quienes se encarguen de John O'Hara.

Tom agrandó los ojos.

—Caramba, me gusta.

—Vigila a O'Hara y que no te la pegue otra vez.

—Descuide, senador. Ya no tendré ninguna distracción.

Todos salieron de la habitación y luego de la casa. John estaba muy vigilado y se maldijo de nuevo por habérsele ocurrido aquélla idea de que lo echasen a los cocodrilos.

—Senador, ¿dónde están las bombas de hidrógeno?

—No lo sabrá.

—¿Teme que se lo cuente al cocodrilo que me coma?

—Tiene razón. Están en Camp Junio, Dakota del Sur.

—¿En qué lugar de Camp Junio?

—Eso sí que no lo va a saber el cocodrilo que lo devore —rió el senador. Había una piscina a la izquierda y allí se dirigía John cuando Farrell dijo:

—No es ésa la piscina. Está a la derecha. Tuvo que desviarse.

Pronto llegaron a la piscina. Parecía muy tranquila. No se veía un solo cocodrilo. John se frotó de nuevo las manos.

—Vaya, parece que los animales decidieron morirse. Bronstein hizo chascar los dedos.

Farrell se acercó a un caldero y cogió un trozo de carne que arrojó al agua.

Entonces se armó un revuelo allí dentro. Surgieron cocodrilos por todas partes, una verdadera nube que empezaron a dar mordiscos al trozo de carne. Luchaban por la presa, porque estaban hambrientos, y daban vueltas mostrando su blanco y segmentado vientre.

Ann, la rubia platino lanzó un chillido de horror, quizá porque Helen tenía las cuerdas vocales paralizadas.

O’Hara

miró al senador.

—Esta diversión le debe resultar cara. Alimentar a estos bichos le llevará mucho dinero de su presupuesto.

—Los caprichos siempre se pagan. Pero lo hago con mucho gusto ya que, en resumidas cuentas, servirá para que usted lo pase bien.

—Una buena ocurrencia, bastardo.

—Salte ya.

—Se me ocurre una idea mejor.

—Nada de ideas mejores.

—Me refería a saltar desde el trampolín. ¿No cree *que* será más sensacional? Una vez que suba la escalera, no podré escapar puesto que Tom y Farrell me están apuntando con las armas. Mientras subo, tendré tiempo de arrepentirme de haberme metido en este negocio.

—De acuerdo,

O’Hara.

Vaya al trampolín… No lo perdáis de vista, chicos. John se movió hacia el trampolín y Tom y Farrell fueron detrás.

Llegado a la escalera, el periodista se detuvo como si necesitase valor para iniciar la ascensión.

Pegó el mayor salto de su vida hacia la derecha, donde estaba Farrell, que era el que esta vez había quedado más cerca.

Tom puso en marcha una ráfaga de su metralleta, pero las balas no tocaron a ningún ser humano y chapotearon en el agua.

Un cocodrilo soltó un extraño rugido al ser acribillado por las balas.

John había logrado atrapar a Farrell por un brazo y, mientras caía, dio un tirón de él.

Las consecuencias para Matt Farrell fueron desastrosas porque fue impulsado a la piscina. Vio que iba a caer y lanzó un aullido espantoso.

No le sirvió de nada. Cayó en el agua.

Y entonces se inició el número romano, porque los cocodrilos corrieron hacia él.

Farrell soltó el arma, que no le servía para nada, y braceó hacia la orilla mientras gritaba:

—¡Socorro!… ¡Auxilio!…

Un cocodrilo lo debió atrapar por una pierna porque desapareció en el agua. Y entonces en la piscina se armó otra vez aquel terrible revuelo.

John echó a correr y se perdió la escena.

—¡Tom, dispara contra él! —gritó el senador.

Tom había quedado impresionado tras la caída de Farrell. Volvió la metralleta sobre el hombre que huía y le soltó una ráfaga.

CAPÍTULO XII

John
O'Hara
estaba rodando por el suelo. Las balas picotearon muy cerca de él.

Logró desaparecer tras un seto, pero siguió rodando porque Tom le mandó otra rociada de plomo.

Tampoco esta vez el «gánster» logró éxito, pero él no lo sabía porque gritó:

—¡Lo alcancé, senador!… ¡Lo alcancé!

—Me gustaría estar tan seguro como tú, Tom —exclamó Bronstein—. Vete a rematarlo de todas formas.

John se levantó de nuevo y echó a correr.

Ahora la oscuridad estaba a su favor. Tenía que trazar un semicírculo para llegar al portón. Las chicas se quedaban con el senador, pero no podía, pensar en hacer nada por ellas. Eso lo llenó de rabia.

—¡Eh, jefe, no está! —chilló Tom.

—Estúpido, los cocodrilos acabaron con Farrell, y John está vivo.

O'Hara
vio a tres tipos que salían de la casa y los tres manejaban metralleta.

Le iba a resultar difícil escapar a pesar de que se había librado de Farrell y de Tom. Ahora con tanta gente armada, uno u otro lo cazaría si no desaparecía de allí cuanto antes.

Siguió corriendo hacia el muro. Luego se acercaría al portón. Oyó voces a lo lejos.

—¡Aquí no está!

—¡Ha debido de correr al garaje!

—¡Vamos hacia allá!

John dio un suspiro de alivio porque eso significaría que tendría el camino libre hasta el portón.

Pero de pronto oyó a otro.

—Id vosotros al garaje y yo iré al portón por si Elmer se equivoca.

—¡Trato hecho!

O’Hara
había llegado al muro y corría hacia el portón. Tenía que llegar antes que su adversario, pero eso no ocurriría nunca porque el tipo corría por el camino recto y él tenía que sortear arbustos y árboles, y el terreno era accidentado.

Se detuvo cerca del portón.

El «gánster» ya había llegado allí y estaba hablando con el cancerbero, cerca de la garita de éste.

Escuchó el diálogo.

—¿No vistes por aquí a un tipo, Brandon?

—No. Nadie se acercó. Y no pudo salir porque el portón está cerrado.

—Continúa teniéndolo cerrado.

—De acuerdo, Edward.

John se fue acercando al portón arrastrándose con los brazos, como un soldado dispuesto a asaltar una posición militar.

Sin embargo, el llamado Edward quedaba demasiado lejos. No, nunca podría salvar con éxito la distancia que lo separaba de él. Mucho antes de que lograse tocarlo, Edward se revolvería y le mandaría la receta.

De pronto oyó el rugido de un coche.

Le pareció el suyo. Conocía bien su vehículo.

Lo vio aparecer por la curva del camino. ¡Y dentro iban las tres chicas, Helen, Olga y Ann!

Conducía la rubia platino.

Edward apuntó al vehículo con la metralleta.

—¡Alto ahí!

John sintió que el corazón empezaba a latirle muy aprisa. Las muchachas habían logrado escapar de Bronstein, y sólo se les ocurrió meterse en su coche para ayudarlo a él y ayudarse a sí mismas.

Pero muy pronto iba a terminar su carrera, ya que Edward haría saltar el parabrisas. Éste no era a prueba de balas, y después, las tres seductoras jóvenes serían machacadas por los proyectiles.

O'Hara

echó a correr.

—¡Edward!…

Era una locura, pero no podía hacer otra cosa para evitar que el coche fuese alcanzado. El «gánster» vaciló unos momentos porque el vehículo se acercaba adquiriendo velocidad. Tenía que volverse casi sesenta grados para hacer frente a John, pero entonces quedaría indefenso ante el coche.

O'Hara

seguía corriendo y saltó.

Edward terminó de vacilar y se volvió hacia John, Ya era demasiado tarde. Los dos cuerpos chocaron y rodaron por el suelo.

John no le dejó ninguna oportunidad. Le golpeó en la cara, entre los dos ojos, una y otra vez, hasta dejarlo sin conocimiento. Luego atrapó la metralleta.

El coche frenó haciendo chirriar los neumáticos. John corrió con el arma en la mano.

El portero estaba inmóvil, asombrado por todo lo que estaba ocurriendo.

—¡Abre ese portón o te liquido! —gritó

O'Hara.

El portero echó a correr hacia la garita para poner en marcha el mecanismo que abría la reja.

En aquel momento sonó una ráfaga. Las balas golpearon contra el coche. John se volvió.

Dos hombres corrían hacia allí soltando plomo.

El periodista clavó una rodilla en tierra y apretó el disparador. Uno de los tipos se partió en dos porque fue segado por la ráfaga.

El otro buscó refugio detrás de un árbol. La reja se estaba abriendo.

—¡Vamos, John! ¡No pierdas más tiempo! —gritó Helen. El coche se puso en marcha.

O'Hara saltó hacia la portezuela que Olga mantenía abierta.

Sonó otra ráfaga y algunas balas picotearon en la carrocería.

Ann estaba apretando el acelerador haciendo rugir el motor

como si dentro tuviese una docena de tigres.

El vehículo tomó la curva sobre dos ruedas. Ya no silbaron más balas.

—¡Hemos ganado! —exclamó triunfante Ann.

John dio un suspiro y se acomodó en el asiento, entre Helen y Olga.

—¡Al fin solos! —dijo. Olga lo besó y rió.

—Querido, eres mi héroe…

Ann habló mientras conducía el volante.

—Eh, tú, rubia trigueña, no te metas con ese hombre o te la ganas.

—Para el coche y que se lo lleve la mejor. Ann empezó a frenar el coche.

—¿Es que Bronstein os contagió la chifladura? —chilló
O'Hara
—. ¡Sigue corriendo, Ann!… Tenemos que alejarnos cuanto antes para que no nos cojan.

—¿Y dónde vamos?

—Todavía no lo he pensado.

—Yo sí lo he pensado —dijo Helen que no había intervenido en aquella pelea por el hombre—… Acudiremos al FBI.

—¿Y qué les contamos? —inquirió John.

—Lo que dijo Bronstein, que tiene tres bombas de hidrógeno y que se dispone a tomar posesión de la Casa Blanca.

—Sabes lo que yo le contesté.

—Que te encerrarían en un manicomio. Pero seremos cuatro personas a decirlo.

—Y también seremos cuatro los encerrados con camisa de fuerza… A propósito, todavía no me habéis dicho cómo escapasteis del loco Bronstein.

Contestó Ann.

—Fue cosa de Helen… Atrapó a Bronstein por el cuello y estuvo a punto de arrojarlo a la piscina.

John miró con asombro a Helen.

—¿Tú hiciste eso?

—Sí, fue un arrebato. Ya había soportado demasiado a ese hombre. Cuando tú desaparecistes, vi la ocasión de que Bronstein fuese devorado por los cocodrilos. Pero no lo empujé lo suficiente.

Se quedó braceando, y al final cayó, pero se agarró al borde de la piscina. Para ese entonces ya nosotros estábamos demasiado lejos y no podía volverme para terminar de empujarlo con el pie.

John se echó a reír.

—Fue un buen trabajo, Helen.

—Pero no resultó perfecto.

—En esta vida no se puede acertar en todo.

—Volviendo a nuestro asunto, John. ¿No crees que tenemos alguna posibilidad de que nos atienda el FBI?

—Ninguna.

—¿Por qué estás tan seguro?

Conozco a varios miembros del FBI. Los he entrevistado y he almorzado con ellos algunas veces. Reciben centenares de cartas diariamente de todas partes del país, señalando peligros que deben investigar.

Todos son inexistentes. Un tipo acusa a otro de que es un espía al servicio de un país extranjero para crearle dificultades. Y sobre todo, se reciben cartas de dementes, que ven extraños aparatos en todas partes y hombres no menos extraños dispuestos a atentar contra la seguridad de nuestro país… El FBI necesita pruebas concluyentes.

—Si al menos nos hubiésemos quedado con el microfilm.

—Pero quedó en manos de Bronstein, y tampoco podemos alegar eso ante el FBI.

—¿Qué crees que contendrá?

—Quizá el lugar exacto en donde se encuentran las bombas de hidrógeno, o el plan ejecutivo del proyecto Bronstein para apoderarse de la Casa Blanca… Son hipótesis. Exactamente no lo podemos saber. Sin embargo lo importante es que conocemos las intenciones del senador.

—Tenemos que hacer algo.

—Lo pienso hacer.

—¿Qué cosa?

—Sólo existe una solución. Iré a Camp Junio.

—Tendremos que ir también nosotras.

—No. Ni hablar de eso.

—John, no puedes dejarnos en Nueva York. Bronstein nos buscará. Y. ¿puedes imaginar lo qué haría Bronstein con nosotras si

nos atrapa de nuevo?

—Lo imagino. Pero os dejaré en un lugar seguro.

—¿Qué lugar seguro? ¿Lo conoces tú? John se quedó sin respuesta.

Ann intervino:

—Helen ha hablado con sensatez. Yo también soy de la pandilla. Viajaremos a Dakota del Sur contigo.

Olga era la que todavía no había opinado acerca de aquel viaje y dijo:

—Gatito, yo también estaré contigo para darte calor. Fue a besar a John, pero Ann la contuvo.

—¡Eh, tú, no sigas haciendo la Popea o tendré que enseñarte cómo son mis zarpas!

—¿Tú y cuántas más?

—Chicas —dijo John—, solo, os aceptaré en mi equipo con una condición. Que dejéis de decir tonterías. ¿Trato hecho?

Esta vez Olga fue la primera que contestó con una sacudida de cabeza, y luego lo hicieron las otras dos.

Ann dijo:

—John, me estoy haciendo una pregunta. ¿Qué haremos cuando lleguemos a Camp Junio?

Helen contestó:

—¿No crees que lo importante es cómo vamos a llegar allí?

—No hay problema para eso —dijo John—. Mi diario cuenta con dos avionetas.

Convenceré al director para que me deje una.

Rock Hunter, como siempre, estaba en su despacho a aquellas horas de medianoche. John
O'Hara
dejó fuera a las tres chicas y entró sólo en el despacho de su director.

—¿Qué tal te fue con la rubia platino, John?

—Fue la mar de emocionante.

—Tu presencia me indica que acabó mal la cosa.

—Rematadamente mal. Empecé con una chica y acabé con tres —abrió la puerta e hizo una señal a las jóvenes para que entrasen.

Rock Hunter se quedó asombrado al ver a las tres estupendas jóvenes que

O'Hara
traía, consigo.

—John, ¿es esto una invasión?

—La invasión llegará mañana si nosotros no lo impedimos.

—¿De mujeres?

—De hombres ambiciosos que quieren apoderarse de la Casa Blanca. Rock Hunter hizo un gesto de amargura.

—Te juergueaste con tres por falta de una y se te subió el *whisky* a la cabeza. John sonrió a Helen.

—Y tú querías que convenciésemos a los del FBI. Helen se acercó al director del periódico.

—Señor Hunter, un senador llamado Louis Bronstein quiere convertirse mañana en el presidente de los Estados Unidos y para ello se valdrá de la fuerza que le darán tres bombas de hidrógeno.

Hunter se quedó con la boca abierta unos instantes.

—John —dilo al fin—, ¿de dónde la sacaste?

—Lee a «Superman».

Helen dio una patadita en el suelo.

—John, no te rías de mí. Estoy diciendo la verdad.

—Pero lo hiciste demasiado aprisa, y a un director de un diario que oye cosas raras hay que dárselo a pequeñas dosis.

Rock Hunter abrió un cajón y extrajo un tubo de comprimidos. Tomó uno de ellos con un vaso de agua.

John
O'Hara
explicó:

—Es su úlcera. No lo deja tranquilo.

—¡Sí, es mi úlcera! —gritó Hunter—. ¡Y la siento cada vez que alguien viene a contarme una fábula!

—Esta vez no es una fábula, Rock. Quédate un rato con la boca cerrada y te cantaré una historia que te hará estremecer.

—Adelante.

John
O'Hara
hizo el relato de su aventura, que se inició precisamente allí, en aquel edificio, en la Redacción del «Star», cuando al despedirse aquella tarde de Rock Hunter entró en su despacho y encontró a una hermosa visitante: a Helen Queen.

Rock Hunter lo escuchó sin interrumpir, como John le había pedido, y, cuando éste terminó, dijo:

—No, no es una fábula. ¡Es una historia de *Las Mil y Una Noches*!

—Sólo hay un medio de convencerte.

—¿Cuál? ¿La confesión de Bronstein? Tampoco serviría.

—No, no me refería a la confesión de Bronstein. Quiero acabar con el plan del senador. Y para ello he de trasladarme a Camp Junio. Las chicas vienen conmigo, porque no pueden quedarse aquí o caerían en manos del senador. Ahora Bronstein pondrá en juego todo su poderío. Necesito una de las avionetas del diario.

—La respuesta es no.

—Has contestado muy aprisa.

—Porque era la mar de sencillo.

—Rock, ¿quieres un reportaje sensacional?

—No quiero perder a uno de mis mejores colaboradores, y no te envanezcas demasiado.

—¿Es eso lo único que te preocupa? ¿Tu maldito periódico? ¡En estos momentos se juega algo más importante, los destinos del país!

—Suponiendo que estuvieses diciendo la verdad, sería un suicidio y mi respuesta sigue siendo no. ¡Y no me harás cambiar de opinión!

CAPÍTULO XIII

Una de las dos avionetas propiedad del diario el «Star» volaba hacia Dakota del Sur.

El piloto se llamaba Frank Taylor y era un buen amigo de John O'Hara.

Éste le había contado su historia, y Frank Taylor la creyó de pies juntillas. Había luchado durante la Segunda Guerra Mundial en Europa contra los nazis y aborrecía todo lo que oliese a totalitarismo.

John viajaba, como estaba previsto, con Ann y las hermanas Queen.

El periodista conservaba la metralleta que le había arrebatado a Edward en la mansión de Bronstein. Teniendo en cuenta las circunstancias, probablemente tendría que valerse de ella.

Se había hecho también con un mapa de la región donde se ubicaba Camp Junio. Estaba sentado junto al piloto, mientras las jóvenes viajaban en la parte de atrás.

—Sólo veo el pueblo y la base militar. No hay otra cosa, Frank.

—¿Y si las bombas de hidrógeno todavía estuviesen en la base militar?

—Es absurdo. El plan de Bronstein podría tambalearse. Tendría que tener sometidos prácticamente a miles de soldados. La guarnición es exactamente de siete mil hombres. Me informé antes de salir de Nueva York. No, Bronstein no puede haber comprado a toda la oficialidad. Suponiendo que hubiese sido así, habría existido una filtración y nadie está informado del plan de Bronstein… Tiene que ser otro el escondite. Además, Bronstein está chiflado, y todos los chiflados son astutos.

—Eso quiere decir que tiene las bombas en el pueblo.

—Tampoco me gusta la idea. Si las robó, ¿por qué conducirlas tan cerca de la base? Habría sido un peligro… Hay tres pueblos muy próximos a Camp Junio, Fallston, a veinticinco millas, Glen Falls a veinte, y Rocker Center a diez…

—Las bombas pueden estar en cualquiera de ellos.

—¿Y por dónde empezamos?

—¿No crees que han debido llevarlas lo más lejos posible?

—De acuerdo, Frank. Iremos a Fallston.

Aquel pueblo, Fallston, era pequeño, pero también lo serían Glen Falls y Rocker Center.

Dieron dos pasadas por encima de Fallston sin descubrir nada anormal. El terreno era desértico.

—Tendremos que bajar, muchacho, y veo muchas piedras.

—No te preocupes, John. Hay una zona en donde las ruedas podrán deslizarse, aunque tendremos un peco de vaivén. Muchachas, abróchense los cinturones… ¡Allá vamos!

Las jóvenes soltaron grititos cuando el avión empezó a dar tumbos, al tocar tierra. Gracias a la experiencia de Frank Taylor, el aterrizaje se hizo sin novedad.

Las primeras casas del pueblo estaban a unos quinientos metros.

Media docena de hombres estaban observando a la avioneta, quizá porque era una cosa insólita en Fallston.

—Será mejor que te quedes en el aparato por si tenemos sabotaje, Frank. Taylor le enseñó una pistola.

—Si se acercan demasiado les haré un buen recibimiento.

—No te precipites, Frank. Y será mejor que cambiemos de arma. A mí me basta con la pistola.

—Sabrá hacer frente a la situación —contestó Frank y aceptó el cambio de arma.

—Chicas, vosotras también os quedáis —dijo John.

—Ya lo hemos hablado y queremos ir contigo —re puso Ann.

—No os necesito a ninguna.

—Eh, James Bond de vía estrecha, sólo estás tú para hacer frente a una pandilla de desalmados.

—¿Y qué haría con vosotras?

—Tenemos cosas muy sugestivas para encantar.

—No necesito vuestra flauta mágica. ¡Es una orden! ¡Os quedáis! Recordad que sólo vinisteis conmigo para libraros de Bronstein.

—¿Y si nos pillan aquí?

—Frank se encargará de protegeros mientras yo estoy ausente.

Las jóvenes se quedaron refunfuñando. John ya no les hizo ningún caso y saltó de la avioneta. Guardó la pistola en el bolsillo y se encaminó hacia el grupo de curiosos.

Al llegar ante ellos, hizo un saludo.

—Tuvimos que hacer un aterrizaje forzoso. Soy representante de la Prensa, John O'Hara del «Star», de Nueva York. Me dirijo a Los Ángeles. Mi piloto se ha quedado arreglando la avería… ¿Dónde podría beber un trago mientras tanto?

El más viejo del grupo, un tipo que casi no tenía dientes, contestó:

—Sólo tenemos un bar, pero es bueno.

—Y él es el patrón —contestó otro riendo—. Y se llama Frederick Oward.

—Gracias, señor Oward, fue muy amable al invitarme a su bar.

John caminó junto a Oward mientras los demás hombres se quedaban allí observando la avioneta, aunque ninguno hacía intención de acercarse.

Poco después, entraron en el bar que se encontraba en una esquina de la pequeña calle principal de Fallston.

Al parecer, el local se había quedado vacío cuando los ciudadanos vieron que la avioneta iba a aterrizar.

—No hay ladrones aquí, ¿eh, señor Oward?

—Ninguno, desde que hace dos años ahorcaron a Bing Brown. Pegó un asalto en nuestro pequeño Banco. Mató al vigilante. Nuestro *Marshall* atrapó a Bing cerca de la base de Camp Junio… ¿Qué va a tomar?

—Póngame un *whisky*.

En aquel momento se oyó una voz:

—¿Por qué aterrizó usted en Fallston? John se volvió.

El hueco de la puerta era ocupado enteramente por un hombre muy gordo, de gruesa papada. Tenía manchas de sudor en su camisa de manga corta. Su estrella de *Marshall* brillaba como la plata.

—Sufrimos un avería, jefe.

El *Marshall* quedó un poco desconcertado. Caminó hacia John.

—Soy James Curtis.

—Encantado, *Marshall*. John
O'Hara,
periodista del «Star».

Estaba mirando a los ojos de James Curtis para ver qué efecto le producía oír su nombre, pero el representante de la ley en Fallston se mantuvo imperturbable.

—¿Acepta un *whisky*, *Marshall*?

—Se lo agradezco, señor
O'Hara.
Oward escanció en los dos vasos.

—A su salud, *marshall*. —brindó John.

—A la de usted.

Los dos bebieron un trago.

—¿De qué vive este pueblo, *marshall*?

—Estos lugares tuvieron un pasado. Me refiero al cobre. La región era rica, pero llegó un día en que se agotó el filón. La gente tuvo que marcharse. Como siempre ocurre se quedaron los que tenían un trozo de tierra para cultivar. Tenemos un río cerca. No es de mucho caudal, pero da para criar algo de ganado, y algunos vegetales…

—Pensé que con la proximidad de Camp Junio ustedes tendrían más vida.

—Algunos soldados vienen por aquí para sacar fotografías, pero no es un lugar confortable. Nuestro hotel no es de primera categoría. Nuestras jóvenes no resisten mucho en Fallston. Se van en cuanto pueden. Y ya sabe que para los soldados las mujeres es lo más importante. Prefieren largarse a Glen Falls. Allí han montado varias salas de fiesta y se divierten en grande. Los comerciantes hacen un buen negocio. Es un pueblo próspero. Pero ya lo ve, Fallston es sólo una ruina… Bien, gracias por su *whisky*. He de poner algunos papeles en orden. Si su avería es más grave de lo que creyó avíseme. Puedo telefonear a la base para pedir ayuda.

—Muy amable, *marshall*. Pero mi piloto me aseguró que no tenía importancia.

—Buen viaje.

—El *marshall* se llevó la mano al sombrero como despedida y salió del bar con paso cansino.

Al quedar a solas con Oward, éste dijo:

—Un buen tipo nuestro *marshall.*

—¿Es de fiar?

Oward arrugó el ceño.

—Claro que es de fiar. Trata bien a todo el mundo, pero no le contó que una vez tuvo que hacer frente a dos de ellos que atacaron una casa. Quisieron secuestrar a dos muchachas. El *marshall* se jugó la piel por las chicas. Desarmó a los dos soldados él solito, porque todos estábamos llenos de miedo.

John dejó correr unos segundos y apuró el contenido de su vaso.

—¿Ha oído hablar del senador Bronstein?

—¿Bronstein? No, señor.

—¿Matt Farrell?

—No. ¿Quién es?

—No se preocupe, señor Oward. No tiene importancia… ¿Qué le debo?

—Cincuenta centavos.

John le entregó una moneda de a dólar y salió del bar. Los curiosos seguían en el mismo lugar.

Se encaminó hacia la avioneta.

Cuando entró en ella, sus compañeros de viaje esperaron su información.

—No hubo nada que hacer. Es un pueblo la mar de tranquilo con un *marshall* que sabe cumplir con su deber.

—¿Adónde vamos ahora?

—A Glen Falls.

—Seguro que nos ocurre lo mismo.

—Espero que en Glen Falls o en Rocker Center salte la liebre. Y si no, que Dios proteja a los Estados Unidos de América.

Frank puso en marcha el motor de la avioneta y ésta se puso a rodar. Otra vez empezaron los vaivenes.

—¡Arriba, monada! —dijo Taylor.

El avión dio un tirón y se elevó, emprendiendo el camino que conducía a Glen Falls.

* * *

El *marshall* James Curtis, estaba asomado a la ventana, viendo

cómo la avioneta se perdía a lo lejos, en el cielo azul.

Dio un suspiro mientras se enjugaba el sudor de la cara con el pañuelo y descolgó el teléfono. Con mucha calma, marcó un número en el dial.

—¿Norman?… Aquí James Curtis… El periodista estuvo aquí… Sí, no viaja solo… Lo acompañan un piloto y tres chicas… El jefe sólo me dijo que acabase con ellos si lograban descubrir algo. Además, aquí no tenemos lo que ellos buscan. Todo transcurrió perfectamente —rió por lo bajo—. Hasta aceptó un vaso de *whisky* de John O’Hara… Se fue con el rabo entre piernas. El jefe dijo que el plomo se lo darán en Glen Falls… De modo que sois vosotros quienes lo pasaréis en grande. A mí no me habría importado tumbarlo, pero las órdenes son las órdenes… Suerte, Norman.

CAPÍTULO XIV

Ya estaban en Glen Falls.

Al aterrizar habían hecho lo mismo que en Fallston. Frank Taylor se había quedado en el avión manejando la metralleta y con las tres muchachas.

Igual que en Fallston, algunos curiosos salieron al campo donde Frank Taylor había aterrizado, que también era terreno baldío con algunas prominencias.

Sólo eran cuatro hombres y John O'Hara se dirigió a ellos y dio la misma excusa, la de la avería. Luego preguntó por el bar. Ninguno de los hombres le contestó.

Apareció otro más joven, de cabello rubio y cejas casi blancas.

—Venga conmigo, amigo Justamente voy para allá. El bar se llamaba Irene.

Sólo había un par de clientes en el mostrador y las mesas aparecían vacías. El rubio dijo llamarse Joe Masterson.

—¿Adónde va, señor O'Hara? —dijo cuando tuvieron vasos de *whisky* servidos por un sujeto muy gordo.

—A Los Ángeles.

—Ustedes, los periodistas, se dan la gran vida.

—También trabajamos, pero no podemos quejarnos.

John vio por el espejo cómo el rubio sacaba la mano del bolsillo. Se volvió rápidamente y lo atrapó por la muñeca.

Lo hizo muy a tiempo porque Joe Masterson sacaba la pistola. Reteniéndolo por aquella mano John le pegó un puñetazo en la mandíbula.

El arma cayó en el suelo porque Masterson se fue dando vueltas, arrollando una mesa y varias sillas.

Los otros dos clientes empezaron a volverse hacia O'Hara.

John se dio mucha prisa en sacar su pistola del bolsillo.

Uno de los fulanos ya tenía el arma en la mano. John hizo un disparo.

El tipo recibió la bala en el hombro, dio media vuelta y se desplomó.

El otro sacó la mano mostrando sus cinco dedos, que no agarraban nada.

El hombre que les había servido los *whiskies*, el obeso, estaba metiendo la mano en un cajón.

John, se dirigió a él.

—Gordito, saca el arma y te meto la bala por la boca.

El obeso se apresuró a renunciar a lo que iba a hacer y a poner las manos sobre la cabeza.

—Así me gusta.

Todo era muy complicado para O'Hara.

Sabía bien que estaba metido en el avispero. Sí, no tenía la menor duda de que era en Glen Falls en donde Bronstein cocinaba el plan para convertirse el presidente de los Estados Unidos de América.

—Gordito, ¿cuál es tu nombre?

—Clyde Wetelman.

—Dime, Clyde, ¿dónde están las tres bombas?

—No sé de qué me habla.

—No hablé de las tres hijas de Elena. Lo dije claro. Las tres bombas.

—Usted se equivoca, amigo. Debe estar buscando tres bombas de Camp Junio. Allí hay bombas.

—No, gordito, no me equivoqué. Estoy buscando tres bombas muy especiales, de hidrógeno.

Clyde se encogió de hombros.

—Es como si me hablase en chino.

—No te seguiré hablando en chino. Será mi pistola quien te lo diga. Te dedicaré una bala al hombro, como a tu compañero, ya que no te veo las extremidades inferiores… A la de tres, disparo. Y eso

ya está jurado… Una, dos…

—Hay una puerta secreta.

—Conque aquí tenéis el tinglado.

—Aquí no. Sólo es uno de los accesos. Joe Masterson se levantó y dijo:

—Maldito seas, Clyde. ¿Por qué se lo has dicho?

—Me iba a meter una bala en el hombro.

—Bien, señores —repuso John—, aquí hay mucho prisionero y sólo estoy yo para poneros en cintura. Cuando diga pistolas fuera, todos, de uno en uno, empezando por la izquierda, dejaréis caer la artillería en el suelo. No tengo tiempo para discusiones. De modo que será mejor que obedezcáis o va plomo… ¡Atención, fuera armas!

Los sicarios de Bronstein comprendieron que aquello iba en serio y ninguno vaciló en obedecer. Eh unos momentos las armas quedaron sobre el piso de madera.

En cuanto al obeso Clyde, John oyó el golpe de la pistola al caer a la otra parte del mostrador.

—Gordito, quiero ver esa puerta. ¡Rápido! ¡No me queda una gota de paciencia! Clyde movió la mano por debajo de la mesa.

Se oyó un chirrido y una puerta se abrió en la pared, junto a la esquina del mostrador. Pero un hombre apareció por el hueco soltando plomo.

Lo hizo alocadamente, porque no sabía en qué lugar exacto se encontraba el periodista. Mató a dos de sus compañeros, al rubio y al otro pistolero ileso con la primera ráfaga, y cuando vio a John fue demasiado tarde para él porque
O’Hara
le metió una bala por las fosas nasales.

—Creo que el campo quedó muy despejado —dijo John.

El rubio estaba pegando ladridos porque había recibido unas cuantas balas en las tripas. Por fin quedó callado para siempre.

Sólo quedaron vivos el hombre que John había herido en el hombro y el gordito Clyde. El primero no podía apenas moverse.

—Clyde, tú vienes conmigo. Entra por ese pasadizo.

—Todavía está a tiempo de marcharse. No podrá llegar hasta las tres bombas.

—Eso ya lo veremos —repuso John y sustituyó su pistola por la

metralleta. Se metieron por el subterráneo que estaba bien iluminado.

—¿Es muy largo esto, Clyde?

—Forma parte de unas minas abandonadas. Las galerías tienen kilómetros y kilómetros.

—Pero el buen senador Bronstein habrá elegido un solo lugar de este laberinto para esconder las bombas.

—Están a medio kilómetro de aquí.

—Entonces valdrá la pena hacer el viaje aunque nos hayamos olvidado de la merienda. Sonó una ráfaga y el gordito lanzó un chillido mientras se doblaba en dos.

John saltó buscando un hueco en la pared, y eso lo salvo de la muerte. Las balas picotearon contra las rocas.

Cesaron de dispararle y John se dejó caer de bruces.

Vio perfectamente contorneada la figura del hombre que estaba disparando la metralleta. Lo utilizó como blanco.

Con media docena de balas aquel individuo cayó hacia atrás, y todavía mandó una ráfaga hacia el techo.

O'Hara
echó a correr.

Llegando junto al sujeto vio que estaba muerto porque había recibido mucho proyectil en el pecho.

Continuó su camino.

La galería se ensanchaba, y de pronto vio más luz. Antes de llegar vio ya una de las bombas.

Un hombre le salió al encuentro, y como no dio los buenos días, John le recordó la educación con plomo.

Desembocó en la parte ancha y pudo ver las otras dos bombas. Había una galería arriba, y dos hombres se disponían a hacer uso de las metralletas.

John se retiró a tiempo, y las balas golpearon contra las rocas.

Entonces se encontró con la sorpresa. Allí estaba Bronstein, junto a una de las bombas.

—Señor
O'Hara,
tire esa metralleta —dijo el senador—, jugó y perdió… Sabía que usted sería capaz de encontrar este lugar… Las tres chicas y su amigo, el piloto Frank Taylor, son nuestros prisioneros. Si tiene

alguna duda, mire hacia la derecha.

John miró a la derecha y el corazón le dio un vuelco a ver a Ann, a las hermanas Queen y a Frank Taylor encadenados a la pared.

Bronstein soltó una risita.

—Ya lo ve,
O'Hara,
nadie puede interponerse en mi camino. Debió comprenderlo. Soy el hombre que necesita el país. Llevaré a cabo el plan que estuve madurando durante muchos años. Dentro de quince minutos, el actual presidente de los Estados Unidos tendrá que declinar el poder en mi favor. ¿Por qué? Porque si no lo hace pondré en marcha las tres bombas de hidrógeno, una para Nueva York, la segunda para Los Ángeles, y la tercera para Washington. He calculado que morirán de unas quince a veinte millones de personas. El presidente no lo puede tolerar. En cuanto yo haya puesto en marcha la primera y destruido Nueva York, el presidente estará de acuerdo en que yo sea el amo.

—Enhorabuena, Bronstein —dijo John y le mandó una ráfaga.

Vio la cara de sorpresa que ponía Bronstein cuando le estaban entrando las balas en el pecho y en el estómago. Y así murió perplejo, porque a él, nada menos que a Nerón, emperador de Roma, le pasase una cosa tan extraña como aquélla. Morirse.
O'Hara
desvió unas pulgadas la metralleta y mandó Otra ráfaga a los dos hombres de la galería superior.

Por suerte para él, los des individuos se habían quedado de piedra al ver cómo su patrón caía emplomado.

Y también ellos cayeron.

Tom salió con las manos en alto por detrás de una bomba.

—¡No dispare, señor
O'Hara
o nos convertiremos en polvo! ¿Es que no se da cuenta?

¡Son bombas de hidrógeno!

Otón también apareció con las manos en alto.

—¡Nos rendimos, señor
O'Hara!
¡Por lo que más quiera! ¡No haga un disparo más, o nunca

podremos contarlo!

John se dirigió a sus compañeros encadenados.

—¿Por qué infiernos no estuvisteis quietos en el avión?

—Nos atraparon en cuanto te fuisteis —le contestó Frank Taylor —. Pero creo que valió la pena para ver este final.

* * *

El director del «Star», Rock Hunter, dijo:

—Lo siento, John, pero no podemos publicar nada. John se echó a reír y Hunter rezongó.

—¿Dije algún chiste?

—En tu vida dijiste otro mejor.

—No soy yo el que manda. Si tienes alguna duda, te puedo presentar al general Simpson, el hombre que *nos* envió el Departamento de Defensa. ¿Cómo crees que reaccionaría el pueblo americano si supiese que un senador ha sido capaz de robar tres bombas de hidrógeno? ¡Y utilizó el viejo procedimiento del «Rififí»! Se limitó a ampliar unas viejas galerías de una mina que estaba abandonada, y de esa forma pudo llegar al depósito de las bombas de hidrógeno en Camp Junio. Demonios, más les parecería el argumento de una película de Jerry Lewis.

—Está bien. Rock, como tú y el Departamento de Defensa queráis…

—Naturalmente, nos han felicitado. Con el microfilm del gato de peluche hicieron la gran redada. Atraparon a toda la pandilla, incluido el *marshall* James Curtis, de Fallston, y al de Glen Falls, que también estaba mezclado en el asunto. A partir de ahora la CIA y el FBI continuarán las investigaciones.

—¿La CIA y el FBI? Acabarán por tirarse los trastos a la cabeza. —John dio un bostezo—. Perdona. Rock, me voy a mi apartamento. Tengo sueño atrasado.

—Mañana te largas a Europa.

—Ya veremos.

—¡Es una orden! ¡Te quiero vivo!

John le dio una palmada en el hombro.

—Gracias, papaíto, pero deja que decida yo acerca de lo que debo y no debo hacer. Dejó al director con la palabra en la boca y

se marchó.

Al llegar a su apartamento, se tomó una ducha y se puso el pijama. Entonces sonó el teléfono. Era Ann, la rubia platino.

—John, te estoy esperando.

—No puedo ir.

—¿Por qué?

—Porque tengo sueño.

—Eres un tonto.

Si, Ann, soy un tonto lleno de sueño, pero mañana seré un tonto despierto.

—Besos, John —dijo Ann y le mandó tres por el receptor.

O'Hara colgó y en ese momento sonó el timbre de la puerta. Acudió a abrir. Era Helen Queen. Estaba muy seria.

—¿Puedo pasar, John?

—Claro.

Helen entró y John cerró la puerta. Cuando se enfrentaron, ella dijo:

—Sólo vine a darte las gracias.

—No tenías que haberte molestado.

—Y a decirte que tuvimos éxito. Logré convencer a Olga. Hoy mismo empezó el tratamiento en una clínica. Dejará de ser una adicta.

—Magnífico.

John atrapó a la joven por la cintura, la atrajo hacia sí y la besó. Ella apartó los labios y dijo:

—John, yo no he venido aquí a esto.

—Claro. Tú no has venido a esto —repuso John.

—Soy una chica muy honesta.

—Tú eres una chica honestísima —dijo O'Hara.

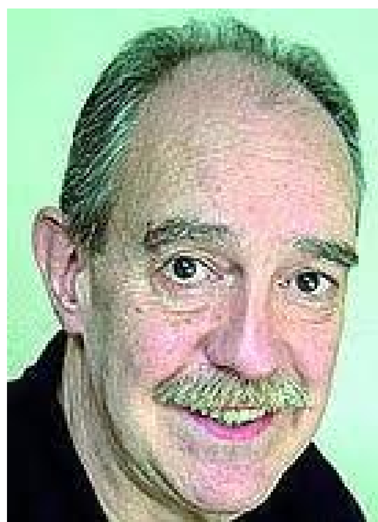
—Y muy decente…

—Decentísima —dijo él y la besó otra vez.

Entonces Helen Queen le puso las manos en la nuca y John tuvo la impresión de que eran dos zarpas.

Pero al periodista del «Star» le gustaban aquella clase de zarpas.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).